





# MAGISTRALES



4

## La interdisciplinariedad de los estudios socioculturales

Christian Alonso Fernández Huerta  
César E. Jiménez Yañez  
(coordinadores)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BAJA CALIFORNIA

Dr. Juan Manuel Ocegueda Hernández  
*Rector*

Dr. Alfonso Vega López  
*Secretario general*

Dra. Blanca Rosa García Rivera  
*Vicerrectora Campus Ensenada*

Dr. Ángel Norzagaray Norzagaray  
*Vicerrector Campus Mexicali*

Dra. María Eugenia Pérez Morales  
*Vicerrectora Campus Tijuana*

Dra. Patricia Moctezuma Hernández  
*Coordinadora de Posgrado e Investigación*

Dr. Christian Alonso Fernández Huerta  
*Director del Instituto de Investigaciones Culturales-Museo*

Mtro. César E. Jiménez Yáñez  
*Coordinador editorial del IIC-Museo*

# MAGISTRALES

## 4

### La interdisciplinariedad de los estudios socioculturales

*Conferencias:*

María Magdalena Trujano Ruiz  
Roberto Follari  
Antonio Caro Almela  
Alfredo Tenoch Cid Jurado

*Estudio introductorio:*

César E. Jiménez Yañez  
Christian Alonso Fernández Huerta



Instituto de Investigaciones  
Culturales: museo  
uabc

Universidad Autónoma de Baja California  
Instituto de Investigaciones Culturales-Museo

La interdisciplinariedad de los estudios socioculturales / conferencias, Magdalena Trujano Ruiz, Roberto Follari, Antonio Caro, Alfredo Cid Jurado ; estudio introductorio, César E. Jiménez Yáñez y Christian Alonso Fernández Huerta. -- Mexicali, Baja California : Universidad Autónoma de Baja California, 2017. 96 p. ; 21 cm. -- (Colección Magistrales ; 4)

ISBN V. 4: 9786076074343

ISBN obra completa: 9786077753766

1. México -- Condiciones sociales. 2. México -- Política social. 3. Identidad Cultural -- México. I. Trujano Ruiz, Magdalena. II. Follari, Roberto. III. Caro, Antonio IV. Cid Jurado, Alfredo V. Jiménez Yáñez, César E. VI. Fernández Huerta, Christian Alonso VII. Universidad Autónoma de Baja California.

HN113.5 I587 2017

*Comité editorial del Instituto de Investigaciones Culturales-Museo*

Raúl Balbuena Bello, Norma Cruz González, Christian Fernández Huerta, Maricela González Felix, Norma Iglesias-Prieto, María del Rosario Mariñez, Alejandra Navarro Smith, Luis Ongay Flores, Servando Ortoll, Kenia Ramírez Meda y Laura Velasco Ortiz.

Primera edición: diciembre de 2017

**D.R. © Christian Alonso Fernández Huerta**

**D.R. © César E. Jiménez Yáñez**

Universidad Autónoma de Baja California

Instituto de Investigaciones Culturales-Museo

Av. Reforma y calle L sin número. Colonia Nueva. C.P. 21100

Mexicali, Baja California, México.

Teléfonos: (52) (686) 554-1977 y 552-5715

Correo electrónico: [editorial.iic-museo@uabc.edu.mx](mailto:editorial.iic-museo@uabc.edu.mx)

Edición y formación: Luis Enrique Medina Gómez

Diseño de portada: Rosalba Díaz Galindo

ISBN: 978-607-7753-76-6 (colección)

ISBN: 978-607-607-434-3 (volumen 4)

Impreso en México / *Printed in Mexico*

# Índice

## ESTUDIO INTRODUCTORIO

*La interdisciplinariedad de los estudios culturales latinoamericanos.*

*Una reflexión necesaria* .....9

CÉSAR E. JIMÉNEZ YAÑEZ Y

CHRISTIAN ALONSO FERNÁNDEZ HUERTA

|   |    |
|---|----|
| Los estudios culturales <i>vs.</i> los estudios culturales latinoamericanos ..... | 10 |
| Sobre lo inter, multi, pluri, poli, meta, trans y posdisciplinario .....          | 13 |
| La discusión/propuestas de los expertos .....                                     | 17 |
| Referencias bibliográficas .....  | 20 |

*Sobre la relatividad de la episteme, el boom sociologizador y la recuperación de las emociones* .....23

MARÍA MAGDALENA TRUJANO RUIZ

|  |    |
|--|----|
| <i>Reconfiguraciones en la comprensión científica social</i> ..... | 24 |
| <i>De performatividad y sociologización científicas</i> .....      | 29 |
| <i>Sociología casuística y filosofía de transiciones</i> .....     | 32 |
| <i>Tiempos para imaginar el sentido de la vida deseable</i> .....  | 37 |
| <i>Bibliografía</i> .....  | 40 |

*Revisión sobre los estudios culturales latinoamericanos (doce años después)* .....45

ROBERTO FOLLARI

|                          |    |
|--------------------------|----|
| <i>Referencias</i> ..... | 52 |
|--------------------------|----|

*De la industria cultural a la macroestructura imaginaria* ..... 53

ANTONIO CARO ALMELA

|  |    |
|--|----|
| <i>Un término bajo sospecha</i> .....                                    | 53 |
| <i>De la industria cultural a las industrias culturales</i> .....        | 55 |
| <i>Un término lleno de glamur</i> .....                                  | 56 |
| <i>De las industrias creativas a la macroestructura imaginaria</i> ..... | 58 |
| <i>Referencias bibliográficas</i> .....                                  | 62 |

|  |    |
|--|----|
| <i>La semiótica visual y la encrucijada de la imagen<br/>a partir de la visualidad</i> ..... | 65 |
| ALFREDO TENOCH CID JURADO  |    |
| La imagen y el estudio semiótico de la visualidad .....                                      | 65 |
| La imagen y la visualidad como problemas semióticos ....                                     | 69 |
| El recorrido semiótico: <i>intentio</i> , límites y goce estético .....                      | 73 |
| Problemáticas semióticas a partir de la remediación .....                                    | 80 |
| La visualidad en la construcción de verdad:<br>del proceso a la estrategia .....             | 84 |
| Bibliografía .....   | 90 |
| SOBRE LOS AUTORES .....  | 95 |



## **La interdisciplinariedad de los estudios culturales latinoamericanos. Una reflexión necesaria**

CÉSAR E. JIMÉNEZ YAÑEZ  
CHRISTIAN ALONSO FERNÁNDEZ HUERTA

**R**eflexionar sobre los estudios culturales (europeos, anglosajones y latinoamericanos) en el ámbito académico actual es un ejercicio complejo y necesario. La idea principal es ensayar sobre lo que ya sabemos, sobre lo que dice la historia de los estudios culturales, ello nos ayudará a recordar sus orígenes y a establecer similitudes y diferencias de este campo “omniabarcativo”<sup>1</sup> que, en su momento, Monsiváis los planteó como “lo que uno decida que sea”.

Para iniciar esta discusión partiremos afirmando que lo que representaban los estudios culturales hace 20 años, hoy está en tela de juicio (con más discusiones a cuestas y menos consensos). Lo que se presentó como un campo académico “democratizador”, “novedoso” y “rupturista” ante un mundo científico europeo disciplinario, rígido y totalitario, hoy clama por una transformación y replanteamiento de sus bases, porque —como tradicionalmente pasa— se convirtió en lo que criticó y cuestionó. Es decir, pasó de moda.

<sup>1</sup> Follari asoció este concepto a los estudios culturales en un artículo académico publicado en el año 2001, que referenciamos más adelante.

## Los estudios culturales vs. los estudios culturales latinoamericanos

Uno de los principales logros políticos de los estudios culturales fue su institucionalización como un campo interdisciplinar con carácter joven y rupturista. Rentabilidad que ha ido perdiendo con los años donde sus detractores hoy, son los mismos que en algún momento los abrazaron. Actualmente, su posición en el discurso público/político está más abajo que otros nuevos campos académicos. Para Monsiváis (2003), lo anterior se origina en la academia norteamericana, donde “los estudios culturales se presentan en un comienzo como moda (jalgo más legible y en rigor más apasionante que el estructuralismo!), y pronto adquieren la fama y las críticas despiadadas que afirman su existencia” (p. 418). Sobre este mismo punto, Fernández (2005) establece que lo anterior sucedió cuando los estudios culturales, “al ingresar a las universidades americanas, perdieron lo que los hizo originales en sus inicios y el reto al poder académico quedó diluido” (p. 3). Durante este tiempo se crearon programas educativos, se formaron investigadores, se establecieron líneas de investigación y se constituyeron grupos y asociaciones académicas; es decir, “se profesionalizaron y se institucionalizaron” (Fernández, 2005, p. 3)<sup>2</sup> todo producto del auge de este nuevo campo plural e interdisciplinario, que como toda “moda comercial” (en la academia también las hay), tuvo un lugar muy importante, que hoy reclaman otros campos (también inter, multi y transdisciplinarios), como lo son los estudios de género.

Continuando con la reflexión, es necesario hacer una primera diferenciación entre los estudios culturales europeos y anglosajones (*cultural studies*) y los estudios culturales latinoamericanos (socioculturales). Si bien cuentan con un pasado común y una base “teórica” (epistemológica) y “política” (ideológica) idéntica, no pueden considerarse exactamente lo mismo. Sus orígenes son parte del proceso lógico de producción de conocimiento actual —tanto en Europa, como en Estados Unidos y Latinoamérica—, nacen de tensiones disciplinarias (Reguillo, 2005), de crisis en el campo académico que llaman a la renovación (Monsiváis, 2003), de miradas *naif* que proponen rupturas de las fronteras disciplinarias (Morin, 1997) y de abandonos de los límites tradicionales de las disciplinas (Follari, 2001) que se va-

<sup>2</sup> Con esas dos acciones, Fernández presenta la preocupación de David Morley por el camino que fueron tomando los estudios culturales estadounidenses.

lidan y sustentan bajo la mirada conceptual de lo inter, multi, pluri, poli, meta, trans y posdisciplinariedad.

Esta visión capitalista de entender y atender la producción de conocimiento presenta a los estudios culturales (de forma estética y política, y no con un sustento epistemológico) como innovadores, rupturistas, progresistas y transformadores que abren un campo ideal para el desarrollo de los nuevos emprendedores académicos en ciencias sociales y humanidades. En resumen, representan una alternativa a las limitaciones y al sectarismo, un salvavidas a la crisis y vicios disciplinares, una bocanada de aire fresco a la hiperespecialización; un nuevo producto, acorde a las necesidades académicas e investigativas actuales (liberales). De acuerdo con Crespo y Parra (2017), los “estudios culturales llegaron a consolidarse [...] como un campo novedoso en el estudio de la cultura, pero a su vez cuestionado por la adopción acrítica o descontextualizada [...]” (p. 64).

Este “nuevo aire”, que significó en el mundo académico la irrupción de los estudios culturales y que abrió la puerta a la *elite* humanista para abordar y analizar los fenómenos culturales y sociales desde diferentes disciplinas o intersecciones (o entretejerlas) tanto en Inglaterra como en Estados Unidos, no tuvo la misma derivación en América Latina (a pesar de las versiones regionales como lo son García Canclini, Jesús Barbero o Renato Ortiz). Los estudios culturales latinoamericanos tienen una tradición más crítica, casi *underground*, que surge de espacios académicos y activistas oprimidos, perseguidos e invisibilizados por las dictaduras y las políticas neoliberales de los años ochenta.

Los estudios culturales latinoamericanos se diferencian de los estudios culturales tradicionales (*cultural studies*) por sus “especificidades continentales y las características de sus respectivas realidades nacionales” (Crespo y Parra, 2017, p. 14), porque “se han caracterizado por el equilibrio entre la despolitización con afanes de significación y la politización que ansía modernizarse (Monsiváis, 2003, p. 418) y “se han esforzado por visibilizar y poner en discusión temas, procesos, momentos, prácticas sociohistóricas y políticas, como claves para la (auto)comprensión de las sociedades latinoamericanas en sus vínculos con el mundo y con el pensamiento metropolitano” (Reguillo, 2005, p. 193).<sup>3</sup>

<sup>3</sup> Con estas palabras, Reguillo hace mención a la postura, trabajo y aportes de Nelly Richard a los estudios culturales en América Latina.

Con base en el análisis que hacen Crespo y Parra (2017) sobre los estudios culturales latinoamericanos, establecen que en la región

[...] ya existía una nutrida tradición ensayística marcada por la discusión de temas asociados a la identidad nacional y étnica, al papel de los intelectuales en la sociedad, a la relación entre política y cultura, además de cuestiones asociadas a las oposiciones nacional *versus* continental, rural *versus* urbano, tradición *versus* modernidad, entre otras. Se podría decir que en América Latina ya se hacían estudios culturales antes de que surgiera el campo como tal y antes de que la academia metropolitana hegemónica tratara de encasillar tal producción en sus nuevos cánones y parámetros (p. 14).

Esta diferencia en las formas de entender dicho campo académico se presentó básicamente por la postura política de sus defensores y usuarios de cada región. Para Richard (2001, p. 187), la situación siempre estuvo clara:

[...] los estudios culturales (*cultural studies*) son hoy la novedad exportada por la red metropolitana centrada en Estados Unidos, y existen muchas discusiones en América Latina sobre los riesgos de transferencia y reproducción periféricas de su modelo. Los estudios culturales no sólo remiten en su designación al antecedente de un proyecto cuya circunstancia internacional es ajena a la tradición latinoamericana, sino que además revisten la imagen de un paquete hegemónico debido al exitoso grado de institucionalización académica que hoy exhiben desde Estados Unidos.

Esta postura/visión también la encontramos en varios autores latinoamericanos que, años después, fundamentaron estas similitudes y diferencias. Para Fernández (2005), por ejemplo,

[...] los estudios culturales americanos y los estudios culturales latinoamericanos tienen modalidades y temáticas diferentes. En EEUU predomina el poscolonialismo mientras que en Latinoamérica prevalecen acercamientos a la transculturación o una reconversión cultural al modo antropológico [...] En América Latina los estudios culturales han tenido gran penetración y su mérito ha sido la capacidad para hablar sobre lo plebeyo, las cosas de la vida cotidiana [...] El lado negativo es que perdieron, fuertemente, el filo crítico (p. 3).

Para Ortega, Méndez y Vizcarra (2013, p. 157-158) la discusión queda zanjada al establecer las influencias, convergencias generales y los ejes temáticos que han aportado los autores anglosajones, europeos y latinoamericanos a la tradición de los estudios culturales.

Los estudios culturales en Latinoamérica tienen raíces multidisciplinarias. Específicamente, en el campo de las ciencias sociales, ciertos espacios disciplinarios como la sociología, la historia, la antropología y la comunicación —con énfasis en el pensamiento de la dimensión representacional simbólica— aportaron desde el inicio, con distintos niveles de intensidad, elementos para edificar los marcos epistémicos, teóricos y metodológicos necesarios para el estudio de los fenómenos socioculturales [...], la tradición estadounidense en este ámbito de estudios construyó sus estamentos sobre una base de corte más humanista que social. Es decir, las principales aportaciones para la conformación de un corpus teórico-conceptual fueron recibidas de las artes, especialmente de las letras.

### **Sobre lo inter, multi, pluri, poli, meta, trans y posdisciplinario**

Presentadas algunas reflexiones sobre el origen y las diferencias básicas de los estudios culturales anglosajones y latinoamericanos, es momento de hablar del punto que comparten y que les es común; nos referimos a su carácter inter, multi, pluri, poli, meta, trans y posdisciplinario. Sin ir más lejos, en el párrafo anterior se establece que los estudios culturales en Latinoamérica tienen “raíces multidisciplinarias”. Vamos a discutir y reflexionar al respecto.

Nadie pondría en entredicho el afirmar que los estudios culturales (europeos, anglosajones o latinoamericanos) son un campo académico interdisciplinario o, quizás, transdisciplinario, o, mejor, multidisciplinario, o, más actual, posdisciplinario, o tal vez todos (por nombrar algunos). La reflexión vendrá dada por lo que esto significa (¿será posible la interdisciplinariedad?), que, de buenas a primeras, la explicación se supondría simple, sencilla y, por qué no, fácil; pero navegar por estas aguas termina siendo más complejo de lo que se mira; a medida que vas avanzando, el agua se hace más revoltosa, turbia y profunda.

De acuerdo con Mato (2001, p. 20), se conoce a los estudios culturales ingleses como “un campo heterogéneo de prácticas académicas e intelectuales de carácter no-disciplinario, o transdisciplinario, que es-

tudía e interviene críticamente en asuntos de cultura y poder [...]”. Sin mayor discusión, Leyva (2012) establece que “los estudios socioculturales constituyen un campo de investigación de carácter interdisciplinario que permite la construcción de teorías generales que permiten articular críticamente diversos escenarios de la vida social [...]” (p. 5). De igual forma, Reguillo (2005) señala que “los estudios culturales no son una disciplina y emergen [...] como una forma de enfrentar los desafíos de una sociedad en continua transformación que no se deja ‘leer’ desde los marcos disciplinarios” (p. 189); es más, reconoce que esta perspectiva sociocultural “no se define por los objetos que toma, sino por el enfoque y las intersecciones que se privilegian para el análisis” (p. 195).

De Carvalho (2010, p. 234) va mucho más allá y plantea a los estudios culturales (contrarios a sectarismos temáticos y teóricos)

[...] como un espacio no sectario, interdisciplinar y fundamentalmente ecléctico [...] que pueden ser caracterizados a través de un lenguaje apofático: no son una sola disciplina, no tienen una única teoría, ni un único enfoque, ni un método básico, ni un linaje único, y ni siquiera un canon preciso. Académicamente, son heteróclitos [...], son polifónicos y heteroglósicos (p. 20).

Restrepo (2014) hace un análisis más actual, y reafirmando lo anterior:

[...] los estudios culturales son equiparables con estudios interdisciplinarios sobre la cultura. Desde esta tendencia, los estudios culturales serían un campo heterogéneo y plural de estudios cuyo objeto sería la cultura, pero a diferencia de lo que se hace desde saberes disciplinarios como la antropología o la sociología, es la interdisciplinariedad (o transdisciplinariedad) lo que definiría los estudios culturales (p. 9).

De acuerdo con las definiciones presentadas, podemos advertir que la relación de los estudios culturales con la interdisciplinariedad es muy estrecha, tal es así, que podemos establecer que la interdisciplinariedad es el eslabón que los sostiene y, al mismo tiempo, les da sentido.

Con una reflexión más crítica, encontramos los planteamientos que hizo Monsiváis (2003) en su momento:

El desarrollo de los estudios culturales no admite vaticinios. Por un lado lo favorece la moda (en este caso, un movimiento que mezcla afanes intelectuales y mercadotecnia académica); por otro, su misma indefinición suele fundirse con las vaguedades y confusiones de los procesos universitarios. Pero lo innegable es que su público avanza con mayor celeridad que los públicos de las disciplinas establecidas (p. 424).

En este mismo sentido, un par de años antes, Follari (2001, p. 40) fue mucho más crítico al referirse al abandono de los límites tradicionales entre las disciplinas sociales de los estudios culturales en Latinoamérica y sus pretensiones interdisciplinarias. Es más, el autor nos advierte que “parece desconocerse que la interdisciplina aparece recurrentemente como una propuesta de la derecha ideológica pro empresarial” (Follari, 2005, p. 8) y que “los estudios culturales, los cuales carecen de toda reflexión epistemológica específica sobre una interdisciplina de la que siempre se jactan pero nunca justifican (Follari, 2013, p. 120). Gran parte del trabajo de Follari se ha dirigido a la crítica y análisis de estas posturas que se pretenden “posdisciplinarias” —como los estudios culturales (sin desconocer finalmente sus aportes)—, pero que se han asentado en una idea ilusoria de “proponer que lo inter o transdisciplinario guarde necesariamente algún especial valor democratizante o crítico” (2001, p. 41), señalando, además, que “la unión interdisciplinar no tiene nada de ‘natural’, resulta siempre precaria y problemática” (p. 42). “Lo interdisciplinar es un efecto de trabajo colectivo, exige una larga labor grupal. Nadie es personalmente interdisciplinar ni escribe por sí solo interdisciplinariamente” (p. 44).

Para algunos autores como Restrepo (2014), los estudios culturales no podrían entenderse fuera de la interdisciplinarietà, pero entiende que este campo, citando a Stuart Hall (p. 3), no surgió con la idea de desaparecer las disciplinas o que los estudios culturales iban a ser una disciplina que explicara todo y superara las demás, sino más bien la idea era que “para entender los complejos amarres de lo cultural y el poder en lo concreto se requería de una labor intelectual no reduccionista. Los estudios culturales se constituyen como un pensamiento no reduccionista” (p. 3). Ante esta postura, la ejemplificación es contundente:

En los estudios culturales la interdisciplinarietà nace como un esfuerzo intelectual para ir más allá del reduccionismo que tiende a ser

sentido común disciplinario. Hay que hacer “mejor” sociología de la que suelen hacer los sociólogos o “mejor” antropología de la que tienden a producir los antropólogos... y así sucesivamente. “Mejor” en el sentido de esforzarse por comprender lo que estos practicantes de las disciplinas hacen desde preguntas y asumiendo riesgos que son pertinentes a los estudios culturales (Restrepo, 2014, p. 4).

Más allá de este planteamiento, sigue siendo relevante entender más a fondo la idea de interdisciplinariedad que acompaña per se a todos los estudios culturales. Para Morin (1997), la interdisciplinariedad es difícil de definir y, además, es polisémica (polidisciplinariedad, transdisciplinariedad, multidisciplinariedad y metadisciplinariedad), se presenta como una opción de cambio (nato [naif] o moldeado), de acuerdo con las coyunturas disciplinares que enfrente. Por ejemplo, se presenta como salvaguarda ante el riesgo de una “hiperespecialización”; como una nueva mirada extradisciplinaria; como una migración que busca nuevas experiencias; como el deseo de un investigador “policompetente”, y como la reorganización necesaria del conocimiento sobre un objeto de estudio.

De acuerdo con Fernández (2005), deberíamos entender a la interdisciplinariedad como “la constitución de una unidad orgánica nueva que no estaba, previamente, en ninguna de las disciplinas que la conforman. Desde este punto de vista, implica necesariamente, una integración. Lograr universalidad no es obligatorio” (p. 4).

Para Agazzi (2002), “la interdisciplinariedad no puede pensarse como contraposición a la especialización, sino como una armonización de varias especializaciones para la comprensión y solución de un problema” (p. 244). De acuerdo con este autor, “[...] hay que rechazar la concepción de que la interdisciplinariedad está en antítesis o en contraposición con el saber disciplinar: no hay verdadera interdisciplinariedad sin disciplinas” (p. 242).

Con el concepto más claro, ahora es necesaria una mirada crítica que aporte los elementos necesarios para la reflexión planteada. Al respecto, Follari, hace más de una década, ya advertía, de forma irónica, que el tema de la interdisciplina siempre retorna y retorna regularmente como algo nuevo, reinventado. Uno de sus planteamientos al respecto lo basa en la propuesta de Gibbons: la producción de conocimiento,<sup>4</sup>

<sup>4</sup> Follari hace mención al trabajo de Michael Gibbons de 1997, *La nueva producción del conocimiento (la dinámica de la ciencia y la investigación en las sociedades contemporáneas)*.



donde establece que la interdisciplinariedad se postula como “superación del pasado académico, caracterizado por la existencia de las disciplinas con un sentido intrateórico desgajado de las exigencias que se atribuye a ‘la realidad’. Esta última [...] desde las urgencias del desarrollo económico” (Follari, 2005, p. 13), es decir, desde la elite empresarial. Establece su punto advirtiendo que

La función intrínseca de lo interdisciplinar en este dispositivo de puesta de la ciencia al servicio directo del capital, y a su creciente desarticulación en función de convertirse en simple tecnología al servicio del lucro empresarial, es por demás evidente. Por una parte, privilegia la aplicación sobre lo explicativo, y reduce esto último, limitando así el lugar del pensamiento crítico y de la referencia al espacio social global en que se inscriben las “innovaciones” empresariales (p. 13).

Hacemos esta reflexión a modo de estudio introductorio del presente cuarto volumen de la colección *Magistrales*. La propuesta, sin ser ambiciosa, ha sido poner en perspectiva, gracias al aporte de muchos autores, una discusión necesaria en un escenario donde los estudios culturales latinoamericanos pasan por un nuevo cuestionamiento, ahora, desde su propia institucionalización, por los propios “culturalistas”, que ven cómo otros campos académicos inter o, mejor dicho, posdisciplinarios, se posicionan en el discurso público/político como centro de explicación de todo (como pasó con los estudios culturales).

### **La discusión/propuestas de los expertos**

En este cuarto volumen de la serie *Magistrales* se reúnen cuatro ensayos de destacados académicos e investigadores de disciplinas afines pero con variados enfoques e intereses temáticos que convergen en una visión quizás “interdisciplinaria” como un fin para la interpretación de la realidad. Desde lo general, como dispositivo que dota a los sistemas sociales del conocimiento para la transformación de los paradigmas con los que aprendemos y aprehendemos al mundo hasta lo particular, como es la comunicación desde la visión de la publicidad como elemento central de las industrias creativas.

Otro punto de confluencia de los textos que aquí se presentan es que todos los abordajes parten, dialogan y, en algunos casos, se confrontan

desde los estudios culturales latinoamericanos. En todos los trabajos que componen este volumen subyace la discusión sobre las prácticas culturales y su relación con el poder, desde un campo de estudio que le apuesta al diálogo y la integración de las disciplinas, particularmente la historia, la sociología y, como lo mencionamos anteriormente, los estudios de la comunicación. Pero ¿es posible estudiar la interdisciplinariedad utilizando a la interdisciplinariedad? La respuesta final no la estableceremos aquí, pero cada capítulo entrega insumos para reflexionar al respecto.

Todos los textos de este volumen son producto de conferencias magistrales que estos autores ofrecieron a profesores y alumnos en el Instituto de Investigaciones Culturales-Museo de la Universidad Autónoma de Baja California, como parte de las actividades académicas de los programas educativos de Maestría y Doctorado en Estudios Socioculturales.

El primer texto corresponde a la Dra. Magdalena Trujano Ruiz y se titula “Sobre la relatividad de la episteme, el *boom* sociologizador y la recuperación de las emociones”. Este trabajo nos presenta una relevante reflexión sobre la verdad y el conocimiento a partir del debate sobre el paradigma posmoderno. Esta perspectiva se funda en la crítica y autocrítica, como expone la autora; hace evidente la mutabilidad de la verdad generada de las investigaciones sociales. Ella establece que las verdades absolutas no existen, sólo hay debates abiertos, y el debate es la vía al conocimiento. Desde esta perspectiva, “cada hecho puede ser analizado desde diversos enfoques teóricos, disciplinares, socio-culturales, y, políticos y económicos, ofreciendo cada vez una verdad explicativa coherente, consistente y aceptable para sus coordenadas de elaboración”.

El segundo texto es una aportación del Dr. Roberto Follari y lleva por título “Revisión sobre los estudios culturales latinoamericanos (doce años después)”. Aquí podemos encontrar un análisis de la situación de los estudios culturales en Latinoamérica en los últimos años, los cuales, a juicio del autor, han tenido un parcial eclipse derivado de varios factores, entre ellos, una desgastada relación con la disciplina de la comunicación. Fue en las escuelas de comunicación y con algunos de sus pensadores donde fecundó la semilla de los estudios culturales en América Latina, por la relación dicotómica entre comunicación y cultura, y entendiendo que nuestra época es en parte articulada desde

los medios masivos de comunicación; sin embargo, su presencia como referente casi único en el incipiente campo de la comunicología se ha ido desvaneciendo.

Otra de las razones para este aparente desencanto de los estudios culturales es que el mapa ideológico trazado en los años noventa por esta línea de trabajo no concuerda con nuestra realidad actual. Esta misma evolución —de los espacios, actores y agendas de generación de conocimiento en América Latina— se dio principalmente en Argentina, México, Chile y Brasil.

El texto de Follari no sólo es una radiografía de los estudios culturales latinoamericanos, también es un ejercicio para entender el papel de la comunicación en la legitimación social de textos y discursos, en este caso, académicos.

El tercer aporte de este volumen de *Magistrales* está a cargo del catedrático Antonio Caro, y se titula “De la industria cultural a la macroestructura imaginaria”. Este documento nos brinda una visión de la comunicación desde la publicidad, y al igual que el texto de Alfredo Cid, nos permite reflexionar sobre la relevancia del signo (y la semiosis).

En este capítulo, Caro plantea con claridad conceptual que en el tránsito actual de las *industrias culturales* —término propuesto inicialmente por Adorno y Horkheimer— al de *industrias creativas* —término surgido desde la administración pública europea— hay un claro protagonismo de la publicidad como vehículo imaginario. El paso de industrias culturales a industrias creativas es un síntoma de la globalización capitalista y de los procesos de consumo cultural a nivel mundial. Para este autor, algo que está en sintonía con términos y nociones exploradas desde el campo de la sociología en lo general y de los estudios culturales en lo particular, como pudieran ser las aportaciones de James Lull y su concepción de *supercultura*.

Asimismo, la propuesta de Antonio Caro plantea la transición del modelo del “capitalismo productivista decimonónico al semiocapitalismo o capitalismo del signo/mercancía”, como eje de análisis, no sólo del campo de la publicidad y la comunicación, sino de muchos de los procesos socioculturales de producción de sentido y de consumo. En esta propuesta analítica juega un papel importante lo que el autor denomina *macroestructura imaginaria*, “una gigantesca estructura que atraviesa la práctica totalidad de las llamadas industrias creativas y que las pone al servicio de un objetivo muy preciso: construir marcas globales”.

El Dr. Alfredo Cid Jurado aporta el cuarto texto que lleva por título “La semiótica visual y la encrucijada de la imagen a partir de la visualidad”. Este trabajo es una reflexión sobre la ciencia de los signos en los tiempos de los nuevos medios, en los que los papeles de usuario, receptor, consumidor y productor de lo “visual” son replanteados. Cid Jurado propone que para el estudio de la comunicación, particularmente a través de la visión, es necesario diferenciar entre la imagen y la visualidad. Advierte, además, que aunque diversas perspectivas disciplinarias han abordado la imagen como hecho visual, se ha dado mayor peso al soporte de la imagen que a sus condiciones hermenéuticas.

Así como en el texto de Trujano se evidencia la relatividad de la “verdad”, en el trabajo de Cid se habla de cómo la imagen representada es una “verdad”, la cual es válida al interior de su representación y cumple con esa función debido a su intención comunicativa. De esta forma, es posible hablar de una imagen real o una imagen falsa, cuando invariablemente del uso de estas dicotomías, se construye sentido a partir de la visualidad. Las imágenes como acción comunicativa, como forma simbólica, son medios para construir la realidad social y la comunicación como fin para construir la realidad.

Estos cuatro capítulos, desde cada perspectiva y campo, resumen la propuesta interdisciplinaria que el cuarto volumen de *Magistrales* presenta y que son producto de la voluntad personal e institucional de espacios académicos abiertos para la reflexión y la discusión fundamentada.

## Referencias bibliográficas

- Agazzi, E. (2002). El desafío de la interdisciplinarietà: dificultades y logros. *Revista Empresa y Humanismo*, 5(2), 241-252. Recuperado de <https://dadun.unav.edu/bitstream/10171/5877/1/EVANDRO%20AGAZZI.pdf>
- Crespo, R. y Parra, D. (2017). ¿Estudios culturales latinoamericanos? Reflexiones a partir de algunas antologías. Latinoamérica. *Revista de Estudios Latinoamericanos*, 64, 13-37. doi <https://dx.doi.org/10.22201/cialc.24486914e.2017.64.55243>
- De Carvalho, J. (2010). Los estudios culturales en América Latina: interculturalidad, acciones afirmativas y encuentro de saberes. *Tabula*

- Rasa*, 12, 229-251. Recuperado de <http://www.scielo.org.co/pdf/tara/n12/n12a14.pdf>
- Fernández, V. (2005). De los estudios culturales a la interdisciplinariedad: los avatares del campo disciplinar de la comunicología. *Question*, 1(8), 1-8. Recuperado de <https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/article/view/921>
- Follari, R. (2001). Estudios culturales, transdisciplinariedad e interdisciplinariedad (¿hegemonismo en las ciencias sociales latinoamericanas?). *Utopía y Praxis Latinoamericana*, 6(14), 40-47. Recuperado de <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=27901403>
- Follari, R. (2005). La interdisciplina revisitada. *Andamios*, 1(2), 7-17. Recuperado de <https://andamios.uacm.edu.mx/index.php/andamios/article/view/490/pdf>
- Follari, R. (2013). Acerca de la interdisciplina: posibilidades y límites. *Interdisciplina*, 1(1), 111-130. Recuperado de <http://revistas.unam.mx/index.php/inter/article/viewFile/46517/41771>
- Leyva, J. (2012, noviembre). Hacia una mejor comprensión de los estudios socioculturales. *Revista Caribeña de Ciencias Sociales*. Recuperado de <http://caribeña.eumed.net/hacia-una-mejor-comprension-de-los-estudios-socioculturales/>
- Mato, D. (2001). Introducción: Cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización. En D. Mato (Comp.), *Estudios Latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización* (pp. 13-29). Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales [Clacso]. Recuperado de <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/gt/20100912034428/estudios.pdf>
- Monsiváis, C. (2003). De cómo vinieron los estudios culturales y a lo mejor se quedan. *Revista Iberoamericana*, 69(203), 417-424. Recuperado de <https://revista-iberoamericana.pitt.edu/ojs/index.php/Iberoamericana/article/view/5666/5813>
- Morin, E. (1997). Sobre la interdisciplinariedad. *Publicaciones Icesi*, 62, 9-15. Recuperado de [https://www.icesi.edu.co/revistas/index.php/publicaciones\\_icesi/article/view/643](https://www.icesi.edu.co/revistas/index.php/publicaciones_icesi/article/view/643)
- Ortega, L., Méndez, H. y Vizcarra, F. (2013). Tierra de cruces: estudios de comunicación y cultura en la frontera noroeste de México. *Palabra Clave*, 16(1), 154-181. Recuperado de <http://palabraclave.unisabana.edu.co/index.php/palabraclave/article/view/2458>

- Reguillo, R. (2005). Los estudios culturales. El mapa incómodo de un relato inconcluso. *Revista de Estudios para el Desarrollo Social de la Comunicación [Redes.com]*, 1(2), 189-199. Recuperado de <http://revista-redes.hospedagemdesites.ws/index.php/revista-redes/article/view/52>
- Restrepo, E. (2014). Estudios culturales en América Latina. *Revista de Estudos Culturais*, 1. Recuperado de <http://www.revistas.usp.br/revistaec/article/view/98369>
- Richard, N. (2001). Globalización académica, estudios culturales y crítica latinoamericana. En D. Mato (Comp.), *Estudios latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización* (pp. 185-199). Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales [Clacso]. Recuperado de <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/gt/20100912034428/estudios.pdf>

## Sobre la relatividad de la episteme, el *boom* sociologizador y la recuperación de las emociones

MARÍA MAGDALENA TRUJANO RUIZ

**M**e interesa destacar la relación epistemológica, teórica y cultural en las modificaciones ocurridas en la sociedad contemporánea desde la década de 1990 en adelante.

Hoy, cuando la literatura sociológica se concentra en la recopilación de series infinitas de aspectos de la socialidad que les resultan contrastantes entre los siglos xx y xxi, y nos proponen como causal del cambio a un individuo nuevo con múltiples denominaciones: *altamente reflexivo* para Giddens (1997a); *individuo en proceso continuo de individualización* para Beck y Beck-Gernsheim (2003); *individuo hipermoderno hedonista* para Lipovetsky (Lipovetsky, 2000b), entre otras, considero que responsabilizar y conceder la autoría de los cambios sociales al individuo resulta excesivo. Prefiero optar por construir un horizonte analítico que muestre a la socialidad como una de las múltiples acciones realizables y donde se incluyan las relaciones económicas de crisis del Estado interventor (capitalista y socialista) (Miliband, 1997) y su transición hacia una modalidad neoliberal de avances y retrocesos continuos, algunos de cuyos resultados destacables son la precarización del trabajo, el desempleo masivo, la pérdida de las prestaciones laborales y la pauperización salarial; así como también, incluir a las crisis recurrentes de producción y comercialización que han construido un capitalismo de alcance mundial, de filiaciones nacionales deterioradas, agresivo y orientado por su modalidad financiera.

De igual forma, hay que señalar las repercusiones de lo anterior sobre las relaciones políticas por falta de interpelación ciudadana, confu-

sión de las plataformas partidarias tradicionales de *izquierda* y *derecha*, contracción de la recaudación fiscal, del gasto del Estado y de su legitimación y autoridad ante los ciudadanos, cuestiones que dieron pauta a la búsqueda de una acepción de democracia generalizable al mundo entero, que culminó en la propuesta minimalista de una *democracia procedimental* que se complejizara en función de lo local y políticamente *posible* (Bobbio, 1995).

Finalmente, y colocándonos en este entorno económico político, abordaré algunos otros aspectos culturales y lógicos analíticos que se encuentran presentes en nuestras sociedades actuales y en sus procesos de transformación, y que resultan *invisibles* para la sociología, pero que conceden una mayor comprensión de la realidad.

En aras de mostrar esta perspectiva, haré referencia, en los dos primeros apartados, a los cambios ocurridos durante la validación científica de la década de 1970, que culminan con la inclusión de la investigación social como actividad legítima, así como al desdibujamiento de las fronteras disciplinares sociales, y al reconocimiento de la múltiple filiación y adscripción de sus problemas, que han repercutido en la complejización de sus análisis. Enseguida, referiré la pertinencia del enfoque sociológico comparativo y de la perspectiva filosófica orientada por las mutaciones, las transiciones y la fluidez reflexivas. Por último, haré alusión a mi perspectiva filosófica sobre el presente, el cual considero inmerso en un proceso de reconstrucción cotidiana del *sentido de la vida*, y de su resultado cultural *visibilizable* de *sincretismo* e *hibridación de las culturas* en el mundo, con un efecto ineludible sobre la relatividad moral y social, así como de una relatividad científica que conduce a su imposibilidad de producción de verdades definitivas.

## **Reconfiguraciones en la comprensión científica social**

En estos tiempos, cuando se recuerda la ya empolvada discusión epistemológica sobre la legitimidad de las investigaciones sociales como científicas, misma que ocurrió en la primera mitad del siglo xx, e incluso un poco después, nos preguntamos el porqué del escepticismo y la devaluación de las mismas. Los argumentos esgrimidos se concentraban en la equiparación entre la ciencia natural y la social para mostrar una producción científica aparentemente disímbola. Esto es, la ciencia natural afirmaba producir resultados que constituían verdades uni-



versales, precisas, perdurables —hasta que el próximo descubrimiento mostrara su relevo— y, sobre todo, predictibles (Bunge, 1970). En cambio, a las ciencias sociales se les tachaba de ofrecer verdades mutables, válidas en situaciones de comparación y en cortes temporales, e inclusive geográficos, específicos; por ende, imprecisas, temporales e impredecibles (o cuando mucho, de una predictibilidad limitada). Esta clasificación excluyente dispensaba únicamente a las investigaciones fundadas en análisis estadísticos o matemáticos, de aquí que la economía, así como algunos estudios políticos y sociológicos, sí pudieran denominarse válidamente *científicos*. En cambio, quedaban fuera de la cientificidad, en un territorio humanístico literario, la antropología, la psicología, la historia y muchos trabajos de economía, política, sociología, geografía y otras disciplinas afines (Wallerstein, 2005).

Este es el contexto en el que se presenta la polémica entre Popper y Kuhn, cuyo resultado fue mostrar las semejanzas entre la producción científica natural y la social. Kuhn equiparó las *revoluciones* sociales con los cambios ocurridos en las teorías, ante ciertos descubrimientos trascendentes, a los que denominó *paradigmas* (Kuhn, 1978). Básicamente mostraba que hay dos tipos de quehacer científico: trabajar con el conjunto de presupuestos, verdades y reglas disciplinares; o bien buscar la resolución a los problemas que van quedando descartados como irrelevantes en el curso de cualquier investigación. Los primeros trabajos se referían a la *ciencia normal*, y los segundos, a la ciencia constructora de paradigmas. La conclusión epistemológica es que la *ciencia normal* no cuestiona ni desafía sus presupuestos; en cambio, los paradigmas resultan de su desafío, de pensar diferente. El ambiente entre comunidades científicas en una sola disciplina se va a encontrar mayoritariamente trabajando y avalando a la *ciencia normal*; los paradigmas son escasos, los trabajan jóvenes científicos que no cuentan con comunidades de adscripción y les resulta difícil obtener el reconocimiento de las comunidades científicas, ya que representan retos y devaluaciones del trabajo científico *normal*. Los paradigmas no son solamente nuevas verdades, sino nuevos enfoques analíticos que modifican la comprensión de problemas y soluciones científicas previas y que, generalmente, alteran de manera radical los presupuestos, la formulación de problemas y las oportunidades conclusivas de las investigaciones, teorías y disciplinas, es por ello que posibilitan la *visibilización* de otros aspectos de la realidad y amplían el panorama posible

de investigación (sus ejemplos clásicos son: Copérnico y Galileo, Newton, Einstein, entre otros).

Independientemente de las críticas que suscitó la propuesta, cabe destacar que por primera vez se postuló una analogía válida entre las modalidades de producción científica natural y social en la que se evidenciaba la vulnerabilidad de la producción natural, la rivalidad entre comunidades científicas que pueden afectar el reconocimiento de las nuevas verdades, y el avance científico pleno de avances y retrocesos, dudas y debates que se resuelven discursivamente consiguiendo el consenso de los científicos.

La respuesta de Popper no fue directa, sino una recuperación de su postura por parte de los investigadores interesados en la cuestión. Popper (1974, 1977) sostenía que el conocimiento científico poseía una dinámica distante de las relaciones sociales, en tanto que se producía en el *tercer mundo* de abstracción (semejante a la *razón pura* kantiana [Kant, 1976]) y se desarrollaba y avanzaba en descubrimientos o retrocedía en sus reformulaciones, según una lógica propia de la racionalidad disciplinar. Aceptaba, reforzando su neokantismo, que la realidad no podía conocerse por completo, sino únicamente en una tarea infinita, de ampliación y resignificación del conocimiento previo que lo situaba ante la necesidad argumental de aceptar que la *verdad absoluta* no existe, sino, únicamente, *hipótesis provisionales* que la comunidad disciplinar reconoce como las mejores acepciones al momento. Esto, a su vez, le conducía a mostrar a la ciencia como un debate permanente entre interpretaciones o enfoques disímboles, desde los cuales se constituía el aval consensuado a los descubrimientos y verdades. En suma, esta postura de Popper lo colocaba a favor de la legitimación de los debates y la temporalidad de las verdades, y le llevaba a mostrar cierta vulnerabilidad en las ciencias naturales, que antes había omitido o rechazado categóricamente, al tiempo que se permitía cierta reivindicación de la científicidad social desde una postura neopositivista: la ciencia social debe ofrecer las mejores oportunidades para la inclusión de la investigación y los descubrimientos científicos y tecnológicos (Popper, 2006).

Se puede apreciar, no obstante sus diferencias irreconciliables, el reconocimiento en ambos epistemólogos respecto de la comprensión de la ciencia como una producción de conocimiento permanente y, por ende, temporal, con resultados igualmente modificables y debatibles al infinito. En otras palabras, epistemológicamente se postulaba la

vulnerabilidad de la universalidad y de la definitividad de las verdades científicas. En consecuencia, a partir de la década de 1970, la comprensión del conocimiento científico como perfecto se modifica por el de perfectible. Esta transformación de matiz posibilita la reflexión sobre los aspectos sociales que influyen en la producción científica, tales como: el reconocimiento y prestigio entre comunidades de investigadores, las posibilidades de apoyo financiero y de publicación de las investigaciones, la *sociologización* del conocimiento científico, y el reconocimiento de relaciones de poder inherentes a las comprensiones culturales y científicas. Estas consecuencias hemos de abordarlas a continuación, y debe quedar claro, desde ahora, que lo que hemos de explicar constituye el proceso de *relativización de la episteme* que concluye en lo que denomino el *boom sociologizador*.

Barry Barnes publica en 1980 el artículo “Sobre la recepción de las creencias científicas”, que resulta famoso por mostrar los problemas humanos, sociales y de poder que se encuentran presentes, pero subterráneos, en la producción del conocimiento científico (Barnes, 1980). Son problemas que después de más de treinta años, aún podemos encontrar vigentes entre las comunidades de investigadores. Sucintamente, refirió la lucha por el prestigio y el reconocimiento de los autores, de los grupos y de las instituciones de investigación científica, como luchas de poder que recurren a las relaciones personales y escalafonarias para mantener la solvencia presupuestal de la producción científica. Situación que se encuentra reiterada en la competencia para obtener financiamiento para la publicación de sus resultados, la asignación de laboratorios, el acceso a bibliotecas especializadas y, por supuesto, de salarios para ayudantías de investigación; o bien el “robo” del trabajo estudiantil de tesis que coadyuvan con la investigación bajo el efecto perverso de su prolongación temporal más allá de lo necesario, en aras de mantener los recursos humanos que requiere la investigación. Así, Barnes muestra una distorsión del prestigio autoral por la vía del acceso presupuestal y las propias publicaciones, puesto que no investiga y publica el mejor, sino quien tiene las relaciones socioculturales y de poder adecuadas. Escenario que concede sentido a la *fuga de cerebros* y al *plagio* como hechos habituales e inherentes a la producción de conocimiento. Se evidencia así, que por más abstracta que resulte una disertación o un análisis científicos, esto no los exime de quedar adscritos a las relaciones sociales con todos sus problemas

de poder. En tal sentido, esta obra constituye, sin duda, uno de los sustentos analíticos que permitió el reconocimiento de la obra de Michel Foucault, quien se centró en el análisis sociocultural de las relaciones de poder como factores *invisibles* culturalmente.

A partir de estos fragmentos de un debate epistemológico mucho más complejo, se puede comprender la propuesta analítica de Lyotard (2008), quien denomina a esta influencia del entorno sobre el trabajo científico, como *performatividad*; es decir, aquello que constituye la forma previa, el basamento extracientífico que posibilita o imposibilita la producción de la ciencia. Asimismo, propone la presencia de una lógica científica típica del cierre del siglo xx en adelante, consistente en la equiparación de situaciones, la lógica *relacional* y el reconocimiento de verdades *ad hoc* con los discursos científicos que no alcanzan a agotar ni a cancelar la posibilidad de conocimiento a futuro, y a la que le denomina *paralogía*. Con estas dos propuestas sintetizadoras del debate previo, Lyotard caracteriza una época de comprensión —más que de cuantificación— científica que se orienta por presupuestos reinterpretables al infinito, y a la cual alude como *posmodernidad*; situación contrapuesta a la precedente tipificada por la búsqueda de conocimientos universales y la comprensión de una realidad homogénea, misma que quedaría signada como *modernidad*, aquella originaria del siglo xvi, signada con la emergencia de la ciencia y el cuestionamiento de las verdades de fe religiosas. Así, posmodernidad alude más que a una época, a una perspectiva de comprensión científica, cultural y social fundada en la crítica y la autocrítica continuas que disparan exponencialmente las posibilidades tanto del avance científico como de las propias modalidades de valoración moral, ética y estética, y de la propia sociabilidad. Fragmentos que, aunados a la explosión de la tecnologización en los medios de comunicación, nos permiten una primera aproximación a la realidad contemporánea de rebasamiento continuo de estrategias y presupuestos culturales, de socialización, y de referentes económicos y políticos.

Sostengo que las veloces transformaciones de la sociedad actual tienen su origen en las actividades económicas de reequilibrio ante la crisis, casi permanente, de las décadas de 1970 y 1980, que no ha sido rebasada; y que este reacomodo del mercado productivo, agrícola y financiero impacta al mercado laboral y, en consecuencia, al conjunto de actividades de socialización, tanto de acción como de compren-

sión. Aun cuando haya dejado de nombrarse a la posmodernidad en los debates actuales por considerar que el nombre mismo era irrelevante frente al reto analítico de describir o comprender los procesos existentes, se presupone que hemos salido de aquella modernidad de homogeneidades y predicciones para asumir el desafío del paradigma de la *relatividad*.

Recupero la adjetivación de *relatividad* para la episteme (y no *relativización*, que implica la posibilidad de la devaloración continua), en el sentido de Einstein (Courderc, 1977), que nos permitiría sostener que cada hecho puede ser analizado desde diversos enfoques teóricos, disciplinares, socioculturales, políticos y económicos, ofreciendo cada vez una verdad explicativa coherente, consistente y aceptable para sus coordenadas de elaboración. Esto no significa que se produzca un caos explicativo, sino que se evidencia el debate constante entre comprensiones, así como la diversidad sociocultural resultante que legitima a alguna perspectiva en función de relaciones de poder, lucha social y demás consideraciones *performativas* existentes.

En este sentido, resulta rebasada la univocidad de la episteme científica natural para proponer en su lugar la episteme científica social tipificada por el reconocimiento de territorios de vigencia de los presupuestos analíticos y el aceleramiento del avance científico que ahora se permite trabajar con hipótesis diversas, e incluso contradictorias entre sí. Antes de abundar en esta línea argumental, se requiere precisar el arribo de la *performatividad* al análisis social.

### **De performatividad y sociologización científicas**

Elias (1990a, 1999) comprende y traduce la *performatividad*, por el análisis *figuracional* sociológico en la década de 1980. Sostiene que si la socialidad se gesta en las relaciones de lenguaje entre *yo, tú, él* y sus plurales, la sociedad no debería imponerse a los individuos, puesto que son los individuos expresados en el lenguaje y sus proposiciones, quienes constituyen el colectivo denominado sociedad; así que no hay relaciones de determinación o indeterminación (tal y como proponían el positivismo o el marxismo), sino de complementación inestable, reeditable, en suma, *figuracional*. Es esta una modelación infinita en la cual resultan igualmente relevantes los aspectos racionales y los emocionales (su famoso *double bind* [Elias, 1990a]). Este reposicionamiento

epistemológico de la construcción sociológica impacta, a su vez, a la propia epistemología, ya que toda oferta comprensiva, analítica, científica se encuentra, necesariamente, presa de las coordenadas sociales e individuales que la producen. Así, la ciencia pierde su *pureza abstracta* que la definía en el pasado moderno, para humanizarse con consideraciones *performativas* y de intereses individuales. La epistemología, en ese tenor, en tanto abocada a la reflexión racional abstracta y sus productos científicos, pierde su sentido. Surge, en cambio, una miríada de historias anecdóticas y sociales sobre los descubrimientos: este es el efecto de *boom sociologizador* que nos abrumba (recuérdense los debates sobre el genoma humano, la energía atómica y tantos otros).

Inserto en estas discusiones, Foucault ofrece una perspectiva de interpretación dirigida a las sociedades previas en la que muestra la relación entre la oportunidad de reconocimiento de los descubrimientos científicos, los discursos de comprensión del mundo y las relaciones de poder como fragmentos integrados y con afectación recíproca (Foucault, 1979a). Así, en una serie de estudios que revisan diversos aspectos de la socialidad (Foucault, 1979a, 1979b, 1981, 1985, 1987, 1992, 1998, 2002, 2004), nos muestra, por reflejo, el funcionamiento de la contemporánea; en ellos destaca la construcción de los discursos de opinión y científicos vinculados a las relaciones de poder que, a su vez, se utilizan para su legitimación. El efecto buscado y logrado es la reflexión sobre los aspectos culturales que se habían considerado inamovibles, pero que, de hecho, han cambiado: el caso del movimiento feminista y su lucha contra el *patriarcado* constituye una muestra exitosa, aunque irregular territorialmente, que muestra la disímbola consolidación de la contra cultura.

Al avanzar sobre la argumentación de Elias y Foucault se ubican los textos de Sloterdijk, quien sella el debate al proponer en su *Crítica de la razón cínica* (2006), que el antes llamado Primer Mundo ha construido una explicación de los procesos sociales a su conveniencia y sobrevalorándose, misma que ha respaldado con una versión epistemológica del quehacer científico como complejo, abstracto y no accesible al Tercer Mundo. En una actualización de los cuestionamientos de la teoría crítica (Horkheimer, 1998), sostiene que esta perspectiva de perfección primermundista ha impregnado el resto del quehacer intelectual, caracterizando por oposición, a una ciencia, una cultura y una actuación tercermundistas siempre deficitarias, al punto que se ha sostenido la ne-

cesidad de la conquista o la colonización, la culturización, e inclusive el vanguardismo de las modas (en el comer, beber, vestirse, transportarse, comunicarse y divertirse). Esta perspectiva es la que ha fundado los grandes mitos vigentes hasta la época del Estado interventor, que se refieren a la verdad, el bien y la belleza como ideales occidentales generalizados y a los cuales pocos pueden alcanzar (Garzón, 2000, 2002). Al mostrarlos como una postura en competencia con otras, Sloterdijk ha posibilitado *visibilizar* su *performatividad* y generalizarla al punto de reconocerla en la propia comprensión sociocultural, tanto como en la teoría, cuando se abordan el cambio climático, los desastres naturales y el enorme conjunto de aspectos ecologistas exhibidos como efectos de largo plazo producto del desarrollo industrial mundial e irresponsable. Esta perspectiva le conduce a alcanzar una primera conclusión terrible: *todos vamos en el mismo barco* (Sloterdijk, 2003a). Ejemplos puntuales son: la bomba atómica de Hiroshima, el accidente de Chernóbil, la guerra biológica, la contaminación de aguas, aire y tierras, todos los cuales han rebasado las fronteras nacionales originales para mostrar su repercusión planetaria. La misma pretensión de que los males provocados en el Tercer Mundo no alcanzarían al Primero, se evidencia como uno más de los mitos de funcionamiento de las sociedades previas. A decir de Sloterdijk (2007), este supuesto se consideró una verdad incuestionable que se difundía por todos los medios posibles, como si, señala, el Primer Mundo fuera el interior de un *palacio de cristal* que todos pudieran admirar, pero de acceso restringido. La destrucción de este espejismo se inicia cuando las críticas feministas, ambientalistas y pacifistas, así como las crisis económicas y políticas, combinadas con la difusión de las posturas contraculturales, dieron por resultado la denuncia de circunstancias inhumanas para los inmigrantes, la exhibición mediática y virtual de problemas políticos, económicos, laborales y culturales semejantes, aunque no iguales ni de idéntica magnitud, en todo el mundo.

En tales circunstancias, considero que no es suficiente con una *cajería de mitos inoperantes* para mostrar los cambios de comprensión y de actuación que han ocurrido en los últimos treinta años. Se impone un balance que aclare las diferencias comprensivas desde las cuales se legitiman prácticas alternativas a las previas. Por ello, la *relatividad de la episteme* y el análisis *sociologizador* resultan cruciales para tipificar la socialidad y al individuo actuales inmersos en fluctuantes entornos de crisis y rebasamientos parciales de diverso origen (económico, políti-

co, cultural, social, local, global, regional, de sectores productivos, de normatividad jurídica, de transgresiones criminales y más), en tanto que se debiera explicar su proceso de influencias y de construcciones complementarias como sello distintivo del presente. No obstante, la filosofía sólo se ha atenido a la reflexión lógica sobre *la diferencia* y la reedición de los planteamientos nietzscheanos y, a su vez, la sociología ha elaborado listas infinitas de cambios en la actuación social e individual evidentes al corte entre los siglos xx y xxi. Relacionar estos dos ámbitos ha sido una tarea de escasa legitimidad disciplinar y, por ello, abordada de manera inconsistente por algunos filósofos de lo social, y parcialmente por algunos sociólogos.

### **Sociología casuística y filosofía de transiciones**

Iniciaré la reflexión sobre las aportaciones sociológicas a esta cuestión refiriendo algunas de las propuestas de Giddens y Beck. El primero inicia su formación teórica con una postura crítica del constructivismo, en la cual plantea la transformación ocasional e impredecible de la acción social del individuo, desde una postura de determinación social, a otra de actuación independiente y pro activa, por la cual le concede la categorización de *agency* (Giddens, 1997b). Será este *agency* quien rebase los marcos de las tradiciones sociales para construir un *mundo desbocado* (Giddens, 2000d). Así, colocando al individuo, *agency*, como el constructor de su sociedad, interpreta la política de la *tercera vía* como una respuesta a la ciudadanía anglosajona (Giddens, 2000a); considera a la economía y al mercado laboral transnacionales como productos de la expansión capitalista resultante del trabajo de individuos (*agency*) empresarios; asimismo, postula como una elección personal el viajar y vivir en otras fronteras (situación a la cual denomina *desanclaje* (Giddens, 1997a). En suma, encontramos la alusión a la elección de construcción de la vida personal bajo coordenadas cambiantes y eventuales como parte del proyecto de *secuestrar la experiencia* de generaciones previas y modelar la propia *biografía a la carta* (Giddens, 2000c), elección que valora por su impacto y modificación de las relaciones sociales.

Cabe destacar en estas breves líneas, el centramiento analítico de Giddens en el individuo, al cual muestra como centro productor de las transformaciones sociales neoseculares. Por el contrario, la crisis económica y la de la política democrática, propias del Estado interventor,



no le parecen suficientemente relevantes para mencionarlas y sustenta, en cambio, su versión *voluntarista*. Tal es el planteamiento modelo de las reflexiones sociológicas, que al encontrar derrumbado el paradigma fundacional de la disciplina (la sociedad constituye al individuo, y éste a aquélla [Durkheim, 1999]), sustenta sus análisis en el fragmento mínimo de la construcción de los colectivos: el individuo; y al carecer de la *visibilización* de la lógica social en curso, se retraen al *voluntarismo*. El resultado, lejos de rebasar al *homocentrismo* ilustrado, presenta una reedición.

Beck, en tanto discípulo de Habermas, encuentra la frontera del proceso de transformación social en la teoría de la acción comunicativa (Habermas, 1998), como uno de los momentos de la *etapa pos-convencional*, en el cual es posible rastrear hechos que apuntan hacia una nueva socialización. En este tenor, encuentra y designa después de la sociedad de la abundancia, la del *riesgo*; luego de la *primera modernidad* definida, reglamentada, estructurada para su permanencia y transformación minimalista, una *segunda modernidad* signada por la incertidumbre, la inestabilidad económica, política, laboral, normativa, cultural y, por ende, de construcción de proyectos biográficos siempre en proceso (*individualización*); como nota distintiva del mercado laboral que antes se definía por un capitalismo sostenido por el trabajo, ahora refiere su *precarización* continua y su *contracción*; y como característica del capitalismo, a la *globalización*, lo *local* y lo *glocal* (Beck, 1998, 2000; Beck y Beck-Gernsheim, 2003). Al ubicar su reflexión desde este horizonte interpretativo inclusivo de otras disciplinas y aspectos problemáticos, postula el presente como una etapa procesual infinita, de doble dinámica: la individual y la cultural institucional, de manera que reedita una versión actualizada de la sociología.

Los análisis del ámbito colectivo beckeano son descriptivos porque no comprende las diferencias lógico-analíticas que operan en la realidad; en cambio, respecto del individuo, propone una versión actualizada por su acepción de *individualización*, en la que enfatiza la adaptación al entorno, tanto como la innovación y originalidad en la actuación. Desde aquí, consigue mostrar el problema epistemológico de fondo: ante una situación social cambiante de carácter mundial, encontramos individuos indefinibles y en proceso de adaptación continuos. Es decir, que la sociología no puede sostener sus pretensiones de predicción, y se reconoce a la zaga de los hechos sociales, como un *contenedor*

social (Beck, 1998). Así pues, la interrogante subsecuente es: ¿Dónde encontrar una perspectiva analítica *ad hoc* para la sociedad actual? De aquí la pertinencia de las reflexiones de la filosofía social de Bauman, Lipovetsky y Sloterdijk. El tema central en estos tres filósofos rebasa el análisis comparativo entre siglos para indagar por lo propio de la sociedad contemporánea. Bauman postula el cambio constante concebido como *liquidez*; Lipovetsky adjetiva de *hedonista* a la sociedad y al individuo; y Sloterdijk exhibe el *cinismo* reiterado en los productos de la racionalidad moderna previa desde los cuales se construyó su referencia de lo óptico. Consideremos a cada uno.

En Bauman destacan los títulos de sus libros que contienen el término *liquidez* (*Modernidad líquida* [2006b], *Vida líquida* [2005b], *Miedo líquido* [2007], *Tiempos líquidos* [2008], entre otros), por el cual señala que el conjunto de los cambios sociales se encuentra aún presente, y le parece infinito. Avanza desde una postura crítica al marxismo y al capitalismo, que le permite considerar aspectos tan relevantes como los económicos, políticos, socioculturales, y los referentes al individuo y a la emotividad (Bauman, 2005a, 2005c, 2006a); y revisa problemas como el trabajo, la lucha por la imposición de valores morales vinculados a nuevas prácticas de opresión social, a acepciones político-democráticas represivas y más (Bauman, 2005b, 2006c). Desde ellos plantea el contraste entre situaciones del pasado y del presente, que le colocan ante una reflexión de frontera sobre el reconocimiento de los problemas ocultos por los discursos referentes a la libertad y a la igualdad en todos los tiempos. Asimismo, muestra que esto ocurre con los referentes a la bondad, la verdad, el progreso, la distribución de la riqueza, la atención social y todos esos temas difíciles en los que se muestran discursos y estadísticas (tanto teóricos como políticos), en los cuales pareciera avanzarse en su resolución aunque, contradictoriamente, no se encuentren tales mejoras en los hechos.

Así, la *liquidez* no sólo alude a los procesos sociales y culturales de transformación continua y a la redefinición obligada de los proyectos biográficos, sino también a la mutación discursiva oficialista, a la de las posturas teóricas que exhiben su carácter de reflexión siempre inconclusa y, por ende, en debate; esto es, que se alude a la *liquidez* de la racionalidad y sus productos, situación compleja que no hace referencia jamás a vivencias personales, sociales o racionales, signadas por el caos, el sinsentido, la incompreensión o la acientificidad, sino que exige

reconocer esta serie de contradicciones, de promesas incumplidas y de utopías fallidas, desde su gestación, al pensar en lo social.

Destaca en Bauman el posicionamiento epistemológico signado por la *sociologización*, el análisis comparativo, la búsqueda de las diferencias, la crítica a los discursos como instrumentos de opresión (de sello foucaultiano) y la inducción tangencial al cuestionamiento actual, mediante su presentación supercrítica de las condiciones fundacionales de los valores predominantes en el Estado interventor.

Lipovetsky, por su parte, se orienta por el rebasamiento del paradigma social y polar previo definido por el neopositivismo, el funcionalismo y el construccionismo, *versus* el marxismo. Su objeto de indagación lo constituye la diferencia fundante de la sociedad actual (década de 1990 y siguientes), la cual era posmarxista y posneopositivista, posmoderna, y, finalmente, su propia oferta hipermoderna (Lipovetsky, 2006). Así, al rebasar la limitante acepción previa del individuo como *revolucionario* o *progresista*, y a la sociedad como *opresora* o *socialista*, propone la mutua modelación constante entre el *individuo hedonista* y la *sociedad de consumo seductor*, mismos que existen ante un *mercado democratizador* y una *producción industrial de modas* (Lipovetsky, 2007; Lipovetsky y Roux, 2004); encuentra como eje central para su análisis a la *emotividad* presente tanto en el individuo como en la cultura (desde una perspectiva de claros ecos foucaultianos, lyotardianos y gauchetianos), que le conducen a definir un *individuo hedonista* y una *sociedad estetizada* (Lipovetsky, 2000b, 2007); rescata al individuo de la determinación social a la que lo había arrojado la sociología previa, y lo redefine por sus elecciones *hedonistas* (Trujano, 2016). Sus trabajos exhiben una serie de expresiones del hedonismo contemporáneo, así como la trayectoria histórica moderna de su constitución, con el afán de mostrar su presencia *invisible* en el pasado, y la reivindicación cultural actual de la emotividad que le *visibiliza*.

Reconocido como un teórico que reflexiona sobre *la moda*, en realidad se refiere a esta compleja circunstancia sociocultural del capitalismo que culmina con el reconocimiento y construcción del *hedonismo como paradigma* social contemporáneo (Trujano, 2016).

A partir de este horizonte de análisis revisa la política por su recuperación de las consignas de la contracultura y de los derechos humanos como aspiraciones cívicas de *lo deseable*; a la economía como realizadora de sueños de posesión y *constructora de seducciones* en la exhibición de ob-

jetos en los aparadores de los grandes almacenes; y a la cultura como signada por una *banalidad hedonista* que encuentra su complemento opuesto y paradójico en la *conciencia colectiva* de castigo al mercado, desde el cual es posible su interlocución y modelamiento (Lipovetsky, 2000b, 2002, 2006b, 2007; Lipovetsky y Roux, 2004; Trujano, 2016).

De igual forma, destaca su posicionamiento epistemológico en una perspectiva paradigmática de complementariedad entre racionalidad y emotividad, propia de los autores posmodernos. Al eludir las descripciones comparativas, se concentra en la tipificación de sus escenarios de hedonismo para mostrar la longevidad de su comprensión cultural paradójicamente acompañada de su omisión, las cuales ahora se evidencian. Aceptación epistemológica que, al incluir la emotividad, muestra la autoría *sine qua non* de lo social por el individuo. Haz reflexivo de carácter filosófico, que señala a esta conversión social como una modalidad hedonista de legitimación cultural reciente. Tarea realizada en contraflujo de las posturas filosóficas anteriores que se orientaban por el análisis de los procesos *macrosociales* y *metacientíficos*, ante los cuales quedaba determinado o diluido el individuo.

Finalmente, cabe destacar la propuesta de Sloterdijk respecto del desbordamiento de la aceptación epistemológica previa, que al mostrar la inclusión de la producción científica disciplinar en contextos socio-culturales con intereses de control y dominación sobre otros territorios, posibilita comprender la *relativización de la episteme*, puesto que los resultados científicos han sido difundidos como verdades absolutas y no como debates en proceso. Situación que explica, asimismo, la deslegitimación del conocimiento producido en la periferia y la sobrevaloración del producido en el centro. Esto no sólo refrenda el carácter *performativo* de la ciencia, sino también las relaciones de poder desde las cuales se legitiman interpretaciones específicas de los hechos, que permiten, a su vez, reorganizar y redefinir los presupuestos socio-culturales que se encuentran en uso y costumbre (Sloterdijk, 2006). Desde luego, destaca la reapropiación autoral de los individuos sobre su acción, como una serie de *experimentos biográficos* (Sloterdijk, 2002, 2003b), de trayectoria inestable y futuros modelables, elementos que, en su conjunto, conducen a la comprensión de lo social como forjado por innumerables trayectorias disímboles, entre las cuales se arman y desarman diferentes grupos dominantes que imponen su propia aceptación del *mejor mundo posible*, situación que explica tanto la serie de mi-

tos sociales que aparecen en su momento como indudables, como su renovación discursiva anclada en los avances científicos en aras de mostrar legitimidad argumental.

El dato epistemológico que arranca de la *crítica clínica* posibilita a Sloterdijk para reflexionar desde una perspectiva alternativa al marxismo y al neopositivismo, desde la cual cuestiona tanto a la propia racionalidad vigente y a sus productos míticos temporales, como a la construcción sociocultural, por su acepción previa de homogénea y *civilizatoria* (o *desarrollista*, o *primermundista*).

El mero señalamiento de este presupuesto epistemológico de vigencia previa hecho por Sloterdijk logra *visibilizar* su carácter *performativo*, y posibilita la futura comprensión de otras alternativas de interpretación, con lo cual se constata el avance hacia el siguiente nivel de debate sobre los usos de la ciencia y sus productos, a saber: la *pluralidad* de acepciones interpretativas de los problemas, sus explicaciones y sus resoluciones, lo que significa aceptar la presencia de reflexiones científicas y de sus productos siempre en debate y, por ende, sin exclusividad de una perspectiva analítica, sin presentar sólo a una verdad indiscutible. Tal es el horizonte de análisis actual.

### **Tiempos para imaginar el sentido de la vida deseable**

Tal y como se ha evidenciado líneas arriba, comprender el mundo actual desde las coordenadas previas correspondientes al Estado interventor conduce ineludiblemente a considerar un presente desmejorado, deficitario y a la añoranza de sus bondades perdidas, cuando, en realidad, ya exhibía problemas de funcionamiento de todo tipo que obligaron a su conversión (Habermas, 2002). Por ello, el presente debiera ser estudiado y aludido *per se*, desde presupuestos distintos: sin rastrear las continuidades que escasean, ni las ligas con las creencias y prácticas previas que se modifican velozmente.

El resultado infructuoso de las comparaciones sociológicas mostradas previamente permiten sostener, con pertinencia, que el análisis de lo social contemporáneo se ha complejizado por la inclusión de las *emociones*, la *performatividad* y la *sociologización del conocimiento*. En suma, pensar a la sociedad contemporánea exige atender sus procesos actuales, y no tratar de generalizar las modalidades de ejercicio de la racionalidad previa. Esto significa: pensar fuera de la determinación

o indeterminación entre individuo y sociedad, para comprenderlos como fragmentos de un todo en recomposición constante. Significa incluir a las emociones en el análisis social, y no sólo a la racionalidad. Significa atender a los contextos sociales de producción científica, y no sólo a las argumentaciones abstractas. Significa reconocer que nos encontramos en uno de esos escasos momentos históricos en los cuales confluyen diversos procesos de transformación causados por crisis generales en el funcionamiento y la organización previos, que afectan al conjunto de lo social, lo económico, lo político, lo cultural, hasta requerir de una *reinención* de cada aspecto específico y de su consecuente reensamblaje.

Esta circunstancia ha conducido a la percepción y explicación parciales sobre este proceso, señalando que todos los cambios se deben a la presencia de *un nuevo tipo de individuo*, cuando debiera apreciarse la múltiple afectación de las crisis con sus pausadas y accidentadas reformulaciones que mantienen esta dinámica de *reacoplamientos* y *reinenciones* veloces que parecieran sinsentido y sin una meta, y que *arrojan a los individuos a su reconfiguración biográfica* constante.

En este complejo horizonte analítico actual, considero que somos *individuos arrojados a la reinención* (Trujano, 2009). Tal es el síntoma de nuestros tiempos, pues cuando las coordenadas de normatividad, comprensión y actuación sociales cambian obligando a la propia reflexión cultural y científica a seguir por este sendero, es tiempo de que cada uno de los individuos asuma la conciencia y acción autorales que les corresponden en su entorno colectivo. Esto se evidencia cuando se carece de elección partidaria sobre la revolución o la reforma sociales, cuando no hay elección económica respecto de la liberación u opresión de los asalariados, ni existe tampoco la elección normativa entre vivir al amparo de la ley vigente o fuera de ella. Puesto que, en general, se actualizan, rechazan o transforman los acuerdos, de manera expedita, y sin mucho margen para organizar aceptaciones o protestas masivas. Así es que, simplemente, pareciera que nos *reinventamos en lo posible*.

De igual forma, se ha iniciado desde la cultura y la teoría un proceso de autocritica en el cual se ha reconocido el *desencantamiento del mundo* ante la caída de las utopías y los mitos construidos y readaptados por las múltiples modernidades existentes. Sin más dioses de la razón, *desencantados y arrojados a la reinención*, vivimos en el presente sin teorías ni filosofías ni acuerdos macrosociales que valgan para todos ni para siem-

pre. Justamente, este carácter *autocrítico* que derriba los acuerdos previos para colocar en su lugar otros mejorados, constituyen la lógica del presente, la *lógica de sobrevivencia en el mundo y en la reflexión*. La *autocrítica* nos ha llevado a identificar múltiples escenarios de exclusión social definidos por expresiones *políticamente incorrectas*, que exigen una autoeducación y una autoevaluación constantes, circunstancia desde la cual el resultado pareciera ser un mundo menos colorido y más aceleradamente autocorregible, más fallido pero, al mismo tiempo, más perfectible. Esto evidencia que no se requieren más masacres para transformar el mundo sino, simplemente, poner atención a los datos de perfectibilidad social y personal para elegir y adoptarlos, para *reinventar al mundo y al individuo* al infinito (Trujano, 2009).

En suma, la comprensión del mundo y la propia actuación ya no presuponen la estabilidad ni la seguridad sino, por el contrario, una *autocrítica* impulsora de transformaciones que brindan versiones mejoradas del pasado inmediato. De aquí el uso de los plurales que denotan la presencia de debates, de diversidades, de hibridaciones, tales como: *modernidades múltiples, pluralismo político, multiculturalismo, democracias, feminismos y ecologismos posibles, igualdad en la diferencia*, y tantas otras acepciones que, pareciendo contradicciones a la luz de las comprensiones previas, hoy, en cambio, muestran la complejidad real desde las mismas referencias terminológicas.

Este conjunto de reflexiones, sostengo, apuntan hacia la búsqueda del *sentido de la vida* individual y colectiva. Es una indagación de tipo filosófico que se construye hoy mismo en las vivencias cotidianas, en la homologación y diversidad culturales, en el sincretismo mundial promovido por las migraciones, el turismo, la curiosidad y la erudición. Es una búsqueda iniciada por el desacoplamiento del sentido de la vida personal en función de la incorporación laboral en los colectivos, la cual fue resultado de la contracción del mercado laboral (Trujano, 2007) y que ha conducido a la valoración cultural, social y personal de los individuos por consideraciones de tipo hedonista, de experimentación de vivencias límite, de posturas morales, políticas y culturales con responsabilidades y derechos eventuales que se ejercen o demandan sólo cuando se les requieren (Trujano, 2013). Es una búsqueda que ha indagado por el *sentido de la vida* a partir de coordinadas socioculturales diferentes a las propias, con la intención de elegir modos de vida *ad*

*hoc* con el momento existencial y la situación específica sociocultural de cada quien.

Son estas características de movilidad en el sentido, la comprensión y la actuación, las que han conducido a que la teoría apunte a la *fluidez* como su expresión más *corroborada* (Popper, 1977), que no *verdadera*, en el sentido de poseer validez universal. Son estos fragmentos coincidentes los que muestran que el *sentido de la vida* que antes se proponía descifrado desde *lo permanente, lo estructurado, lo funcional, lo determinado*, ahora se *visibilice* desde *lo mutable. Fluidez y mutaciones* que dan cuenta del proceso fundante de *reconfiguraciones infinitas* de la socialidad, la culturalidad y los modos de ser de los individuos que ocurren en esta *fase de la modernidad* (Trujano, 2011b). Desde aquí, mi reiteración de apostar a *la reinención del individuo y del mundo* como nudo categorial, epistemológico, analítico y vivencial que expresan lo óntico (Trujano, 2011b).

En suma, es por todas estas reflexiones que considero que hoy vivimos la reconfiguración de los *modos de vida* signados por la *relatividad* creciente. Resulta pues, que nos encontramos en un momento de indagación y construcción de un *sentido de la vida fluido, mutante, planetario, hedonista, crítico y autocrítico* y, a la vez, *personal y colectivo*. Es un momento de quehacer filosófico en el mundo, aun y cuando no se le reconozca como tal. Es un momento de remodelación que ha sumado generaciones empeñadas en romper con las definiciones y mandatos del pasado. Es el momento de imaginar y *reinventar al individuo y a su mundo*.

## Bibliografía

- Barnes, B. et. al. (1980). Sobre la recepción de las creencias científicas. *Estudios sobre Sociología de la Ciencia*. Madrid, España: Alianza Editorial.
- Bauman, Z. (2004). *La sociedad sitiada*. Buenos Aires, Argentina: FCE.
- Bauman, Z. (2005a). *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Buenos Aires, Argentina: FCE.
- Bauman, Z. (2005b). *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Barcelona, España: Gedisa.
- Bauman, Z. (2005c). *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*. Barcelona, España: Paidós.
- Bauman, Z. (2006a). *Ética posmoderna*. México: Siglo XX.



- Bauman, Z. (2006b). *Modernidad líquida*. Buenos Aires, Argentina: FCE.
- Bauman, Z. (2006c). *Vida líquida*. Barcelona, España: Paidós.
- Bauman, Z. (2007). *Miedo líquido. La sociedad contemporánea y sus temores*. Barcelona, España: Paidós.
- Bauman, Z. (2008). *Tiempos líquidos*. México: Tusquets.
- Beck, U. (1998). *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*. Barcelona, España: Paidós.
- Beck, U. (2000). *Un Nuevo Mundo Feliz. La precariedad del trabajo en la era de la globalización*. Barcelona, España: Paidós.
- Beck, U. y Beck-Gernsheim, E. (2003). *La individualización. El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas*. Barcelona, España: Paidós.
- Bobbio, N. (1995). *Derecha e izquierda. Razones y significados de una distinción política*. Madrid, España: Taurus.
- Bunge, M. (1970). *La ciencia, su método y su filosofía*. Buenos Aires, Argentina: FCE.
- Courderc, P. (1977). *La relatividad*. Argentina: Eudeba.
- Derrida, J. (1989). *La deconstrucción en las fronteras de la filosofía. La retirada de la metáfora*. Barcelona, España: Paidós/ICE-UAB.
- Derrida, J. (2002). *Universidad sin condición*. Madrid, España: Trotta.
- Durkheim, E. (1999). *La división del trabajo social*. México: Colofón.
- Einstein, A. (2005). *Sobre la teoría de la relatividad especial y general*. Madrid, España: Alianza Editorial.
- Elias, N. (1990b). *La sociedad de los individuos*. Barcelona, España: Península.
- Elias, N. (1990a). *Compromiso y distanciamiento*. Barcelona, España: Península.
- Elias, N. (1994a). *Conocimiento y poder*. Madrid, España: Ediciones La Piqueta.
- Elias, N. (1994b). *Teoría del símbolo. Un ensayo de antropología cultural*. Barcelona, España: Península.
- Elias, N. (1999). *Sociología fundamental*. Barcelona, España: Gedisa.
- Foucault, M. (1979b). *Power, truth, strategy*. Sydney: Meagham Morris and Paul Patton.
- Foucault, M. (1979a). *La arqueología del saber*. México: Siglo XXI.
- Foucault, M. (1981). *Las palabras y las cosas*. México: Siglo XXI.
- Foucault, M. (1985). *Historia de la sexualidad 1. La voluntad de saber*. México: Siglo XXI.

- Foucault, M. (1987). *Historia de la sexualidad 3. La inquietud de sí*. México: Siglo XXI.
- Foucault, M. (1998). *Historia de la sexualidad 2. El uso de los placeres*. México: Siglo XXI.
- Foucault, M. (1992). *Micofísica del poder*. Madrid, España: Ediciones La Piqueta.
- Foucault, M. (2002). *El orden del discurso*. Barcelona, España: Tusquets Editores.
- Foucault, M. (2004). *Philosophie. Anthologie*. París: Gallimard.
- Garzón Bates, M. (2000). *Nihilismo y fin de siglo*. México: Torres y A.
- Garzón Bates, M. (2002). *Romper con los dioses*. México: Torres y A.
- Giddens, A. (1997a). *Consecuencias de la modernidad*. Madrid, España: Alianza Universidad.
- Giddens, A. (1997b). *Las nuevas reglas del método sociológico*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Giddens, A. (2000a). *El mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*. España: Taurus.
- Giddens, A. (2000b). *Más allá de la izquierda y la derecha. El futuro de las políticas radicales*. Madrid, España: Cátedra.
- Giddens, A. (2000c). *Modernidad e identidad del Yo. El Yo y la sociedad en la época contemporánea*. Barcelona, España: Península.
- Giddens, A. (2000d). *Tercera Vía. La renovación de la socialdemocracia*. México: Taurus.
- Habermas, J. (1994). *Ensayos políticos*. Barcelona, España: Península.
- Habermas, J. (1998). *Conciencia moral y acción comunicativa*. Barcelona, España: Península.
- Habermas, J. (2001). *Ciencia y técnica como "ideología"*. Madrid, España: Tecnos.
- Habermas, J. (2002). *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Horkheimer, M. (1998). *Teoría crítica*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Kant, E. (1976). *Crítica de la razón pura*. México: Porrúa.
- Kuhn, T. S. (1978). *La estructura de las revoluciones científicas*. México: FCE.
- Lipovetsky, G. (2000a). *El imperio de lo efímero. La moda y su destino en las sociedades modernas*. Barcelona, España: Anagrama.
- Lipovetsky, G. (2000b). *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Barcelona, España: Anagrama.

- Lipovetsky, G. (2000c). *La tercera mujer*. Barcelona, España: Anagrama.
- Lipovetsky, G. (2002). *El crepúsculo del deber. La ética indolora de los nuevos tiempos democráticos*. Barcelona, España: Anagrama.
- Lipovetsky, G. (2007). *La felicidad paradójica. Ensayo sobre la sociedad de hiperconsumo*. Barcelona, España: Anagrama.
- Lipovetsky, G. y Roux, E. (2004). *El lujo eterno. De la era de lo sagrado al tiempo de las marcas*. Barcelona, España: Anagrama.
- Lipovetsky, G. y Charles, S. (2006). *Los tiempos hipermodernos*. Barcelona, España: Anagrama.
- Lipovetsky, Entrevista.
- Liotard, J. F. (1996). *Moralidades posmodernas*. Madrid, España: Tecnos.
- Liotard, J. F. (2008). *La condición posmoderna*. Madrid, España: Cátedra.
- Miliband, R. (1997). *Socialismo para una época de escépticos*. México: Siglo XXI-UNAM-CIICH.
- Popper, K. (1974). *Conocimiento objetivo*. Madrid, España: Tecnos.
- Popper, K. (1977). *La lógica de la investigación científica*. Madrid, España: Tecnos.
- Popper, K. (2006). *La sociedad abierta y sus enemigos*. Madrid, España: Tecnos.
- Sloterdijk, P. (2002). *El desprecio de las masas. Ensayo sobre las luchas culturales de la sociedad moderna*. Valencia, España: Pre-Textos.
- Sloterdijk, P. (2003a). *Dans le même bateau*. París: E. Payot & Rivages Sur.
- Sloterdijk, P. (2003b). *Experimentos con uno mismo. Una conversación con Carlos Oliveira*. Valencia, España: Pre-Textos.
- Sloterdijk, P. (2006). *Crítica de la razón cínica*. Madrid, España: Siruela.
- Sloterdijk, P. (2007). *En el mundo interior del capital. Para una teoría filosófica de la globalización*. Madrid, España: Siruela.
- Sloterdijk, P. (2008). *Extrañamiento del mundo*. Valencia, España: Pre-Textos.
- Trujano, M. (2007). El impacto de las transformaciones laborales sobre lo social. *Revista Sociológica*, 64, 213-225.
- Trujano, M. (2009). La reinención del Hombre. *Revista Sociológica*, 71, 211-232.
- Trujano, M. (2011a). Giddens y la individualidad altamente reflexiva. *Revista Argumentos*, 65, 199-225.
- Trujano, M. (2011b). *Reconfiguraciones sociológicas del individuo: una mirada filosófica*. Tesis de doctorado en filosofía, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México.

- Trujano, M. (2013). Del hedonismo y las felicidades efímeras. *Revista Sociológica*, 79, 79-109.
- Trujano, M. (Coord.). (2016). *Paradojas de la hipermodernidad. Entrevista a Gilles Lipovetsky y comentarios críticos de sociólogos mexicanos*. Ciudad de México: División de Ciencias Sociales y Humanidades-Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco.
- Wallerstein, I. (2005). *Las incertidumbres del saber*. Barcelona, España: Gedisa.

## Revisión sobre los estudios culturales latinoamericanos (doce años después)

ROBERTO FOLLARI<sup>1</sup>

MI libro principal sobre estudios culturales (EC<sup>2</sup>) fue escrito hace ya varios años.<sup>3</sup> Algo ha cambiado desde entonces en relación con la vigencia de esta tendencia en Latinoamérica. Por una parte, se acumularon críticas a dicha línea de trabajo, sobre todo por parte de autores argentinos (Follari, 2002; Grüner, 2002; Reynoso, 2000). Tales críticas nunca fueron reconocidas explícitamente desde la obra de García Canclini y de Martín-Barbero, quienes —hasta donde conozco— nunca las han citado, como tampoco a sus autores.

Si bien la oportunidad de una posible discusión directa se presentó en una visita de Martín-Barbero a la Universidad Nacional de Cuyo, en Mendoza (Argentina) —donde soy profesor titular—, ésta no fue aceptada por el académico de origen español. A pesar de ello, en escritos posteriores de éste y del autor argentino radicado en México, existen elípticas respuestas a las objeciones que se les han formulado. Pero también hay respuestas más explícitas, ensayadas por investigadoras con menos peso dentro de los estudios culturales; tal es el caso de la mexicana Rossana Reguillo, o la brasileña Ana Escosteguy, quien propone su obra como “estudios sobre la recepción” (Escosteguy, 2006).

No seguiremos el detalle de tales discusiones pues, en gran medida, desde los EC no se hace otra cosa que reafirmar los previos principios de los mismos EC. Dicho de otra manera, el debate no agrega nuevos ingredientes, sino que hace una reafirmación de lo anterior, con lo

<sup>1</sup> Texto redactado a finales de septiembre de 2014.

<sup>2</sup> La referencia al término *estudios culturales* será sintetizada con las siglas EC.

<sup>3</sup> Se trata de *Teorías débiles (para una crítica de la deconstrucción y de los estudios culturales)* (Follari, 2002).

cual las cartas de la discusión no se modifican. Objeciones como la falta de definición ideológico-crítica, la carencia de base epistemológica, o la apelación confusa a la idea de interdisciplina, son respondidas sosteniéndose en los mismos términos iniciales. Pero lo que sin duda ha cambiado más es la “condición de época” en que se ubican los EC. Por una parte, su predominio cuasiparadigmático en las licenciaturas de comunicación se ha agrietado de manera considerable. No es que los EC no sigan teniendo peso allí; incluso, probablemente sigan siendo la línea más apelada en esa disciplina, y Martín-Barbero, el autor más reconocido y referido. Pero su grado de presencia es menos exclusivo; en parte, porque ya más de veinte años de ser la posición hegemónica en esa área temática producen inevitable desgaste y repetición. En este sentido, si bien no hay un discurso hegemónico de relevo, se advierte —de manera analógica, ya que en ciencias sociales no existen propiamente paradigmas “a la” Kuhn— lo que sería la lenta disolución de lo que ha sido el punto de vista dominante y “normalizado” por un largo periodo. Es decir, los EC no fueron paradigma propiamente dicho en comunicación, porque ello no puede suceder en ciencias sociales, donde siempre hay la posibilidad —cuasinecesidad— de teorías alternativas.<sup>4</sup> Pero estuvieron cerca de llegar a serlo. En cierto momento, el ataque a las visiones tildadas de “apocalípticas” se hizo absolutamente generalizado dentro del campo, al punto de que los alumnos mismos se sentían autorizados a rechazar autores críticos, designándolos con ese pesado mote. Por su parte, la economía política de la comunicación, junto con el análisis semiológico o ideológico de mensajes, fueron tildados de “ingenuos” por no comprender la consabida doctrina —siempre menos que una teoría, pues no tuvo la formalización de ésta— según la cual la *recepción activa* resultaba argumento suficiente para negar todo peso a los medios en la constitución social de sentido. Ello llevó a la curiosa situación de que en tiempos en que lo mediático colonizaba espacios sociales cada vez mayores, y cuando la política misma era puesta cada vez más rotundamente bajo su égida, solamente los comunicólogos y estudiantes de comunicación creían estar poseyendo alguna clave intelectual cuasiesotérica según la cual los medios no tenían centralidad alguna en la vida contemporánea, y no valía

<sup>4</sup> Ver el artículo “Sobre la inexistencia de paradigmas en las ciencias sociales”, en el libro de mi autoría, *Epistemología y sociedad (acerca del debate contemporáneo)* (Follari, 2000).

siquiera la pena detenerse a analizar su funcionamiento y su discursividad enunciativa (ya sea que ésta operara en lenguaje o en imágenes).

La otra razón de cierto parcial eclipse de los EC latinoamericanos viene dada por las nuevas condiciones políticas de la región. Ni el peor sueño de los estrategas del Pentágono habría podido incluir la cantidad de gobiernos en la zona que desafían hoy la hegemonía estadounidense. Hay entre ellos enormes diferencias: desde los muy radicalizados como Evo, Correa y el chavismo, a los muy moderados, como la Concertación chilena. Pero aun así, en ningún caso son los gobiernos que la derecha hubiera querido. En tal situación están Brasil, Argentina, Uruguay, Bolivia, Chile, Ecuador, Venezuela, Costa Rica, Nicaragua y El Salvador (además de Cuba, por supuesto). Nada menos. A lo que se agregan varios casos en que los sectores del progresismo estuvieron un tiempo en el gobierno y fueron desplazados por la fuerza —abierta o sibilina—, o se discute si no perdieron por fraude (este último es el caso de México; el anterior, de Honduras y Paraguay).<sup>5</sup>

Este actual mapa ideológico latinoamericano, el único a nivel planetario donde algún continente pone al capitalismo gobiernos adversarios o que no aceptan el total libre mercado, es muy lejano a lo que se esperaba en la década de 1990, cuando desde los EC se alababa al consumo y al mundo pretendidamente postideológico. El marxismo resucitó de las cenizas (como dijo Sartre, tendrá vigencia mientras la tenga el capitalismo al que se opone), de modo que el gesto de su abandono dejó de parecer pertinente. En ese sentido, las fáciles acusaciones al marxismo de ser “mecánico” o “dogmático” que aparecen en la obra de los principales autores de la escuela en la década de 1990, hoy suenan huecas, cuando no decididamente retrógradas. También ante las brutales ofensivas mediáticas contra el gobierno venezolano, el argentino o el ecuatoriano, las doctrinas del “receptor activo” resultaron insuficientes —cuando no ingenuas y distractivas—, y apareció pertinente la economía política de la comunicación, rival histórica de los EC.

Frente a un mundo en que los medios han adquirido una centralidad impensable en la década de 1980 (cuando se escribiera “De los medios a las mediaciones”), el desprecio displicente hacia la Escuela de Frankfurt dejó de ser convincente. Tampoco resulta sostenible la rara idea de mantener el presunto valor de W. Benjamin *en contra* de

<sup>5</sup> Este texto fue redactado inicialmente en 2014; para 2016 hubo cambios de gobierno hacia la derecha ideológica en Argentina y Brasil.

sus amigos y socios de la Escuela de Frankfurt, y menos aún el convertir a Benjamin en un impensado apólogo de la televisión pasatista.<sup>6</sup> En fin, el *tono* general de la producción de EC, su asunción de que ya el Estado y la política que se le asocia estarían superados, ha dejado de resultar acorde a la condición de los tiempos. Tal *inadecuación estructural* puede tratar de resolverse con actuales tomas de partido a favor de los gobiernos progresistas en curso, o con súbitos apoyos a la televisión estatal, pero el mapa general en que se podrían inscribir esas alusiones es el previo, de celebración del mercado y de las nuevas tecnologías, de liquidación de la ciudadanía en aras del consumo, de presentación de la televisión privada como ejemplo privilegiado de cómo se produce entretenimiento y se abandona el camino de la televisión cultural, ilustrado y alejado de la cultura de masas.

Desde tales posicionamientos iniciales, donde la actitud crítica ha sido expulsada cuando no explícitamente denigrada como se hiciera con los frankfurtianos, es difícil acceder ahora a postulaciones apresuradamente acordes a las políticas de izquierda que fluyen a nivel tanto de gobiernos, como de sociedad civil y movimientos sociales en nuestro subcontinente. Así, los EC han quedado en clara discordancia con la realidad de este siglo en Latinoamérica. Lo cual, por cierto, no decreta su desaparición ni su desuso, pero propone las condiciones para su gradual pérdida de vigencia, y para su posible reemplazo en cuanto posición hegemónica dentro de los campos en que se ubicó (el de la comunicación no es el único, pero es aquel en que su presencia resultó más masiva y pregnante).

Es de advertir actualmente la aparición en el seno de las ciencias sociales del subcontinente de una fuerte presencia de los estudios denominados *decoloniales* (Lander, Quijano, Castro-Gómez, Mignolo, Escobar). Éstos plantean sus propios problemas e imposibilidades —tales como adscribir para sí mismos la palabra del indio o la del negro— pero, en todo caso, remiten de alguna manera a la cuestión del poder, decididamente abandonada por los EC durante la década de 1990. De esta manera, se ve cada día más ascender al *pódium* académico a los autores decoloniales, que si bien no muestran producción de una teoría política específica, cuanto menos mientan indirectamente lo político al remitir a la colonialidad del saber, y la consiguiente im-

<sup>6</sup> He desarrollado esta cuestión en el artículo “Adorno y Benjamin: acerca de un equívoco persistente” (Follari, 2006).



posición histórica de las modalidades occidentalizadas de enunciación del “conocimiento legítimo”.

Una excepción a lo que venimos enunciando es Brasil. Por razones idiomáticas, es un país al cual los EC llegaron con retraso, de modo que en ese vasto territorio su hegemonía pasa aún por un momento de constatable florecimiento. A ello se suma la calidad de los trabajos que allí se producen, surgida de las buenas condiciones de financiamiento que goza la educación superior en ese país, y —también, por supuesto— de la enorme amplitud de la academia en una nación de tal cantidad de habitantes y tan amplio espacio geográfico. Ello conlleva la “bajada” de los EC hacia la investigación empírica de la recepción (Nilda Jacks), la cual enriquece en cuanto a salir de la sola enunciación discursiva, pero no agrega aspectos importantes en cuanto a la discusión conceptual. Sin embargo, sí se debe señalar que esta última es propuesta —siempre hablando de Brasil— en desarrollo de otros investigadores, algunos netamente favorables a los EC, otros que son críticos a su respecto.

En ese sentido, es interesante el giro que ha tomado la discusión en la Universidad de Brasilia, donde a través de Luiz Martino, la crítica a los EC es asumida desde la necesidad de una mejor definición epistemológica de los mismos. Allí se advierte a la interdisciplina como una coartada a la falta de precisión de los EC para establecer qué es la comunicación (Martino, 2014). De igual forma, cabe señalar que la apelación a la interdisciplina es casi un lugar común en nuestra época, que va desde Wallerstein a Boaventura de Sousa Santos, por citar a algunos autores sumamente valiosos; pero, sin duda, se trata de una apelación que no está aún suficientemente esclarecida ni problematizada, ni siquiera por estos autores.<sup>7</sup>

Peor aún se da la situación en el caso de las teorías de la comunicación, donde en nombre de la interdisciplina se suele obturar la discusión acerca de si hay un específico objeto de la disciplina, para reemplazarse la cuestión por la apelación simplista de que la comunicación “es interdisciplinaria”. ¿Sería una “disciplina interdisciplinaria”? Martino ha colaborado a mostrar que con el recurso a lo interdisci-

<sup>7</sup> La interdisciplina debe ser repensada desde sus inicios. Es muy interesante, al respecto, el trabajo de Katrine Boaventura (2014). Por mi parte, llevo muchos años en relación con esa temática, por ejemplo, a través del libro *Interdisciplinarietà (los avatares de la ideología)* (Follari, 1982).

plinar se está nombrando un problema a pensar, no una pretendida solución que —en realidad— sirve a sostenerse en el campo de lo impensado o lo *mal* pensado.

Sin duda, el reemplazo de una teoría específica de la comunicación (o de antropología, de sociología o la disciplina que fuera) por el espacio vagamente “interdisciplinar” de los EC no resulta un problema menor. En el caso de la comunicación, el paso “de los medios a las mediaciones” es paralelo a uno realizado “de la comunicación a la cultura”, y a una progresiva dilución de lo específico comunicativo en la generalidad de lo cultural. Si comunicación y cultura fueran lo mismo, no sería necesaria una específica teoría de la comunicación: bastaría con una antropología del presente. Y si los EC, por estudiar la cultura ya bastaran de por sí para comprender la comunicación, no se entiende por qué ellos se autodenominan “interdisciplinarios”, y por qué aparecen, a la vez, en crítica literaria, antropología, sociología, y hasta en teoría política. ¿No es que ellos son, como alguna vez se los asumiera, la “teoría latinoamericana *de la comunicación*”?

El análisis de esta dimensión epistemológica en que flaquean los EC respecto a la comunicación está aún en curso, y tiene mucho más por dar. Se liga a la cuestión más general de la especificación epistemológica de los estudios sobre comunicación, la cual sigue siendo una deuda a saldar por los mismos en Latinoamérica.<sup>8</sup>

Finalmente, cabe señalar que hay algunos autores de EC que han producido investigaciones de muy buena calidad: dos casos notorios son George Yúdice (2002) (que vive en Estados Unidos, pero como hijo de salvadoreños, conoce muy bien Latinoamérica) y el mexicano José Manuel Valenzuela (2012), con sus estudios sobre la cultura en la conflictiva frontera mexicano-estadounidense. Son estudios que no se autopropone como “superadores de fronteras” disciplinarias, ni como abruptas novedades en el campo del conocimiento. Por el contrario, trabajan con fuerte contenido empírico y cuidada densidad teórica. El enorme conocimiento de Yúdice sobre los intrincados mecanismos de las industrias de la cultura y el entretenimiento permite una entrada singular a dicho espacio, muy pertinente para quien quiera profundizar en dimensiones poco visualizadas del análisis de la cultura. Por su

<sup>8</sup> Esta es un área necesaria pero no del todo abordada. Hay algunos avances de interés de Luiz Martino, otros del autor boliviano Erick Torrico, algunos de Vassallo de Lopes, y del mexicano Jesús Galindo; personalmente, también yo he escrito sobre el tema.

parte, Valenzuela estudia minuciosamente a las tribus urbanas de la frontera, sus costumbres, hábitos, indumentarias, rituales y lenguajes.

Ante estos trabajos, muy logrados como frutos de investigaciones empíricas que no desdeñan la teoría y que tampoco pretenden presentar sus posiciones como *superación* de las modalidades habituales de trabajo científico, surge la duda de por qué, dentro del campo de los EC latinoamericanos, entendido en los términos de Bourdieu, autores como éstos son relativamente secundarios y quedan opacados por las figuras maestras de la Escuela. E incluso, si es que uno, siguiendo al fundador Raymond Williams, quisiera hacer un “estudio cultural sobre los estudios culturales”, no deja de resultar extraño que quienes realizan una tarea científica que, acorde a criterios epistemológicos que muchos comparten en ciencias sociales, es de mayor solidez, estos mismos no presenten ninguna *sospecha* sobre la unidad conceptual de la escuela, la cual —al menos hasta hace algunos años<sup>9</sup>— mostraba una envidiable unidad y aceptación de sus jerarquizaciones implícitas.

Quizás no sea este un misterio, sino una asunción de reglas de juego, acorde a los mecanismos que hacen al manejo de los campos científicos como campos de poder, según Bourdieu. Lo cierto es que es probable que no deje de confirmarse en Latinoamérica algo que señalara Reynoso (2000) al referir a los EC en los Estados Unidos: se trata de una escuela fuertemente autorreferida, que opera con alto grado de cohesividad interna, y un cierto matiz corporativo, con mecanismos de mutuo apoyo y solidaridad.

Lo paradójal es que quizá ello esté impidiendo reconocer lo mejor que los EC producen en el estudio de nuestro subcontinente. En lo que parece el crepúsculo de esta escuela en cuanto a su dominio de las ciencias sociales en Latinoamérica, tal vez sea el mejor momento para advertir que bajo el mismo nombre se pueden distinguir producciones de distinto tipo y calidad, y que, por ello, hay trabajos que se autoinscriben en la tendencia de EC y que, por su talante, resultan inmunes a las críticas que nosotros hemos hecho a las figuras más reconocidas de esa escuela.

<sup>9</sup> He perdido contacto con los autores de esta tendencia en los últimos años, de modo que no puedo asegurar si luego de 2009 o 2010 continúan vigentes modalidades anteriores de relacionamiento mutuo en el campo académico

## Referencias

- Boaventura, K. (2014). *A comunicacao e a perspectiva interdisciplinar: um mapa de definicoes, usos e sentidos do termo*. Universidad de Brasilia.
- Escosteguy, A. (2006, julio). Os estudos culturais em debate. *UNIREvista*, 1(3).
- Follari, R. (1982). *Interdisciplinarietà (los avatares de la ideología)*. México: UAM-Azcapotzalco.
- Follari, R. (2000). Sobre la inexistencia de paradigmas en las ciencias sociales. En R. Follari, *Epistemología y sociedad (acerca del debate contemporáneo)*. Rosario, Argentina: Homo Sapiens.
- Follari, R. (2002). *Teorías débiles (para una crítica de la deconstrucción y de los estudios culturales)*. Rosario, Argentina: Homo Sapiens.
- Follari, R. (2006). Adorno y Benjamin: acerca de un equívoco persistente. *Revista Iberoamericana*, 72(215-216), 497-514.
- Grüner, E. (2002): *El fin de las pequeñas historias (de los estudios culturales al retorno -imposible- de lo trágico)*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Martino, L. (2014, septiembre). “Alcance, vigencia y retos del pensamiento crítico en la investigación comunicacional”. Conferencia en el VI Coloquio de Estudios sobre Comunicación, Cochabamba, Bolivia.
- Reynoso, C. (2000). *Apogeo y decadencia de los estudios culturales: una visión antropológica*. Barcelona, España: Gedisa.
- Valenzuela, J. (2012). *Las maras: identidades juveniles al límite*. Tijuana: Colegio de la Frontera.
- Yúdice, G. (2002). *El recurso de la cultura (usos de la cultura en la era global)*. Barcelona, España: Gedisa.

## De la industria cultural a la macroestructura imaginaria

ANTONIO CARO ALMELA<sup>1</sup>

El presente texto se propone trazar la trayectoria que va desde la llamada *industria cultural*, tal como fue caracterizada en su momento por los fundadores de la Escuela de Frankfurt, hasta lo que por mi parte denomino *macroestructura imaginaria*, pasando por la pluralización del término original y siguiendo con la tendencia a la sustitución de la expresión resultante, *industrias culturales*, por la de *industrias creativas*. Y si a través de la transición que va del primero a este último término puede leerse una positivización de las actividades que designan, mientras se desvanece la condena sin paliativos que los inventores de la expresión original emitieron en relación con las mismas, la denominación *macroestructura imaginaria* trata de ir más allá del glamur que está asociado a la expresión *industrias creativas*, a la vez que se intenta desvelar el eje estructural que atraviesa la práctica totalidad de las actividades incluidas en la misma; eje estructural que, como veremos en las páginas que siguen, no es otro que la publicidad en su papel de vehículo imaginario del actual proceso de globalización capitalista.

### Un término bajo sospecha

La expresión *industria cultural* fue acuñada por Theodor Adorno y Max Horkheimer en un ensayo publicado en 1948 (Adorno y Horkheimer, 1988/1948). Con dicho término, sus autores se proponían caracterizar el magno proceso de manipulación por el cual la minoría capitalista

<sup>1</sup> Profesor titular jubilado de la Universidad Complutense de Madrid y miembro de la comisión gestora de la Red Iberoamericana de Investigadores en Publicidad, constituida en marzo de 2016.

dominante sometía a las grandes mayorías dominadas mediante una serie de actividades aparentemente dirigidas al *amusement*, esto es, la diversión o el entretenimiento de tales mayorías, pero que en la práctica sólo implicaban, desde su punto de vista, la prolongación de la explotación que aquéllas experimentaban en el proceso de trabajo. Y si bien, señalaban los autores, dicho *amusement* “[e]s buscado por quien quiere sustraerse al proceso de trabajo mecanizado para ponerse de nuevo en condiciones de poder afrontarlo”, lo cierto es —añadían— que “la mecanización ha conquistado tanto poder sobre el hombre durante el tiempo libre y la felicidad, determina tan íntegramente la fabricación de los productos para distraerse, que el hombre no tiene acceso más que a las copias y a las reproducciones del proceso de trabajo mismo”, con el resultado de que: “Sólo se puede escapar al proceso de trabajo en la fábrica y en la oficina adecuándose a él en el ocio” (Adorno y Horkheimer, 1988/1948, pp. 69-70), edificándose, de esta manera, una imagen de *alienación total*, cuyo carácter totalitario y sin fisuras —en cierto modo reproducción en negativo del totalitarismo nazi del que los autores eran víctimas— se ha achacado con frecuencia a los fundadores de la Escuela de Frankfurt.

Lo que no advirtieron Adorno y Horkheimer es que, con esta descripción, estaban haciendo suyo el punto de vista de quienes habían puesto en marcha esa industria cultural al servicio del *amusement* de las masas explotadas, imaginando, en consecuencia, un hombre *esencialmente* alienado, cuyas actitudes psíquicas reproducían con exactitud matemática los objetivos de quienes ejercían en beneficio propio dicho objetivo de alineación. Lo cual, aparte de la falsedad en términos científicos que dicha identificación implicaba, constituía en la práctica el resultado de la *mirada externa* ejercida por sus autores desde la *minoría ilustrada* a la que ellos pertenecían hacia esa *gran mayoría inculta* frente a la que se sentían definitivamente *ajenos*. Y es esta ajenidad —de la que participaba el mismo Carlos Marx— la que caracteriza, en último término, la visión por parte de Adorno y Horkheimer de una industria cultural que, por lo demás, estaba desplazando en el imaginario de la época el lugar privilegiado que ocupaba lo que posteriormente se denominó *alta cultura* y que había constituido hasta el momento, y sin discusión de ningún tipo, la única *cultura* realmente existente y digna como tal de dicho nombre. De modo que es esta ajenidad lo que llevó a los autores del término *industria cultural* a sólo *percibir los propósitos de*

*alienación que alentaban los objetivos de quienes la ponían en marcha y con quienes aquéllos mantenían, a fin de cuentas, una afinidad de clase, sin llegar a considerar en ningún momento en qué medida tales propósitos eran interiorizados por sus destinatarios y qué efectos reales originaban en los mismos. Efectos que, sin duda, resultaban ser más complejos y llenos de matizaciones de lo que Adorno y Horkheimer eran capaces de percibir desde dicha mirada ajena y externa.*

## De la industria cultural a las industrias culturales

La pluralización del término *industria cultural* con posterioridad a la crítica sin paliativos ejercida por sus inventores suponía, por una parte, la suavización de dicha crítica y, por la otra, la normalización de una expresión que, precisamente, se pluralizaba para abarcar la variedad de actividades continuamente crecientes, todas ellas dirigidas al entretenimiento del gran público, que se incluían bajo la misma. La expresión *industrias culturales* adquirió así un estatuto de normalidad que resultaba coherente con dicha expansión exponencial, de modo que si en la época de Adorno y Horkheimer la industria cultural venía a ser el *parvenu* frente a lo que era considerado sin discusión *cultura* propiamente dicha —sin que sus cultivadores se preocuparan en demasía del estado de *incultura* a que se condenaba en consecuencia a las grandes mayorías excluidas de la misma—, en la era en que se normaliza la expresión *industrias culturales* es lo que pasa a denominarse “alta cultura” lo que tiende a revestirse de un estatuto de excepcionalidad, a la manera de dedicación caprichosa de unas minorías *ociosas* que son incapaces de entender y apreciar lo que ama y valora el gran público.

A esta normalización del término *industrias culturales* corresponden las definiciones más usuales del mismo. Así, por ejemplo, para Néstor García Canclini, las industrias culturales son “*el conjunto de actividades de producción, comercialización y comunicación en gran escala de mensajes y bienes culturales que favorecen la difusión masiva, nacional e internacional, de la información y el entretenimiento, y el acceso creciente de las mayorías [curs. orig.]*” (García Canclini, 2002, p. 1). Para Ramón Zallo, las industrias culturales son “un conjunto de ramas, segmentos y actividades auxiliares industriales productoras y distribuidoras de mercancías con contenidos simbólicos, concebidas por un trabajo creativo, organizadas por un capital que se valoriza y destinadas final-

mente a los mercados de consumo, con una función de reproducción ideológica y social” (Zallo, 1988, p. 28). Para los autores de la obra *Industrias culturales: el futuro de la cultura en juego*: “Se estima, en general, que existe una industria cultural cuando los bienes y los servicios culturales se producen, reproducen, conservan y difunden según criterios industriales y comerciales, es decir, en serie y aplicando una estrategia de tipo económico, en vez de perseguir una finalidad de desarrollo cultural [curs. orig.]” (Anverre et al., 1982, p. 21), sin que la ambigüedad de tales definiciones haga otra cosa que reflejar la dificultad de aglutinar bajo un mismo término actividades tan diversas como son el cine, los videojuegos, la música popular, la televisión, los medios de comunicación en general, y entre las que, a veces, se incluyen —con la protesta de quienes se sienten en cierto modo propietarios y custodios de la expresión (véase, por ejemplo, Bustamante, 2011)— la publicidad y el diseño.

Pero el término *industrias culturales*, que aún remite de algún modo a la condena sin paliativos que Adorno y Horkheimer emitieron en su momento, se ha encontrado en las últimas décadas con un rival que rompe por completo con aquella herencia: el de *industrias creativas*.

### Un término lleno de glamur

Frente a esta sombra de sospecha que ha acompañado al término *industrias culturales* en función de su origen, la nueva expresión *industrias creativas* supone la positivación plena de las actividades que designa y que, en último término, son las mismas que las incluidas en la denominación que viene a reemplazar.

El término *industrias creativas* tiene como precedente histórico la explosión de creatividad que se vivió en la órbita occidental en la década de los sesenta del siglo xx, y que tuvo su expresión en fenómenos tan diversos como la consagración de la música pop, los movimientos estudiantiles contra la guerra de Vietnam que conmovieron a las universidades estadounidenses a mitad de la década, el auge del diseño con artistas como Milton Glaser, Saul Bass o Paul Rand, o la *revolución creativa* que protagonizó en el terreno de la publicidad William Bernbach, fenómenos todos los cuales confluyeron en la gran explosión que supuso el *mayo francés* de 1968. Y este precedente histórico se plasmó, unas décadas más tarde, en lo que Richard Florida llamó “clase creativa” (2010/2002, 2004) y “ciudades creativas” (2009/2005), refi-



riéndose con este último término a aquellas urbes postindustriales en las que predominaban actividades como el diseño, la publicidad y las artes en general, presididas por un ambiente de permisividad que superaba, entre otros aspectos, las actitudes discriminatorias precedentes contra las minorías sexuales, con la particularidad, según Florida, de que eran precisamente estas ciudades las mejor preparadas para avanzar en el terreno de la economía emergente, en el marco de la cual lo virtual, lo inmaterial y la informática en su conjunto, ocupaban los lugares predominantes.

En términos más específicos, las industrias creativas son entendidas por la administración británica —que incorporó dicha expresión en 1998— como “those activities which have their origin in individual creativity, skill and talent and which have a potential for wealth and job creation through the generation and exploitation of intellectual property”, incluyendo dentro de dicha expresión “advertising, architecture, the art and antiques market, crafts, design, designer fashion, film, interactive leisure software, music, the performing arts, publishing, software and television and radio” (cit. Rodríguez Ferrándiz, 2011, nota 4).

En este sentido, la nueva denominación implica, entre otras cosas, una institucionalización de la publicidad, cuya dimensión creativa —en el sentido que este término tiene dentro del presente contexto— está fuera de toda duda. Más todavía: cabe sostener que el término *industrias creativas* implica un reconocimiento de que la publicidad constituye el corazón y el exponente más genuino de tales industrias. Y esto corresponde a una nueva fase dentro del imaginario social occidental y su correspondiente expresión institucional, con arreglo a la cual —frente al tratamiento desdeñoso y teñido por el recelo que desde el ámbito de las industrias culturales se contempló dicha actividad— se admite sin paliativos la lógica publicitaria, reconociéndose el papel nuclear que el modelo publicitario y la financiación por la publicidad juega en lo concerniente a tales industrias. De modo que incluso cabe sostener que el adjetivo “creativas” supone una expansión, en el ámbito genérico de las antes llamadas industrias culturales, del componente creativo desde siempre atribuido a la publicidad y, en especial, desde la ya mencionada “revolución creativa” publicitaria de los años cincuenta-sesenta del siglo xx.

Pero el término *industrias creativas* no deja de ser una expresión epidérmica que trata de recubrir de glamur el halo de sospecha que rodeaba a las antes denominadas *industrias culturales*. Y es dicho carácter superficial lo que obliga a ir más lejos, tratando de desvelar el eje estructural que atraviesa tales industrias y que permite percibir el verdadero papel que éstas desempeñan en el marco del presente imaginario social globalizado.

## De las industrias creativas a la macroestructura imaginaria

Según la definición institucional británica ya citada, una parte significativa de las actividades incluidas dentro del término *industrias creativas*, comenzando por la publicidad y el diseño, forman parte de lo que en otro lugar he caracterizado como *producción semiótica* (Caro, 2011), término este que igualmente utiliza, entre otros, Franco Berardi (2003/2001, 2011) y que está directamente emparentado con lo que Ernest Sternberg (1999) denomina por su parte “producción icónica”.

¿Qué se pretende designar con este término? Dicho brevemente: el conjunto de actividades productivas cuyo objeto ya no es la mercancía teorizada por Marx, entendida como la forma elemental del capitalismo productivista de su época, sino un *signo/mercancía* que ha pasado a constituir la mencionada forma elemental en el marco del vigente semiocapitalismo, y cuya expresión semiolingüística —esto es, el modo como dicho signo/mercancía se manifiesta y actúa en el mercado— es la marca, con respecto a la cual el producto o servicio al que aquélla se refiere ha pasado a ser su mero *sopORTE material* (y no la *encarnación* de la mercancía, como venía a suceder en el capitalismo productivista analizado por Marx).

Ahora bien, el paso del capitalismo productivista decimonónico al semiocapitalismo o *capitalismo del signo/mercancía* —si preferimos atenernos, como es mi caso, a su forma elemental (Caro, 2009)— afecta a la esencia misma de dicho sistema productivo. Y en este sentido, si en el marco de aquel capitalismo productivista el valor de una mercancía dependía en última instancia —de acuerdo con el análisis clásico de Marx— de la cantidad de trabajo humano socialmente necesaria para su producción (que, desde la óptica de la época, sólo podía tratarse de *producción material* en el sentido estricto del término), por su parte, el valor de un signo/mercancía, tal como éste se manifiesta y actúa en

el mercado bajo la apariencia de marca, está en relación directa con la *significación* o *significancia*<sup>2</sup> de que se le ha dotado como resultado específico de la *producción semiótica* desenvuelta en su caso, producción semiótica la cual ha sustituido a la producción material como centro del proceso productivo, mientras esta última ha pasado a estar completamente subordinada a la primera.

¿Y cómo este valor proveniente de la significación o significancia de que se ha dotado a un determinado signo/mercancía se realiza en el mercado? En virtud de la *adhesión* que dicha significancia o significación despierta entre sus destinatarios a través de su plasmación en forma de marca, y ello como resultado de determinadas actividades que forman parte de la producción semiótica y de las cuales la más importante suele ser la publicidad. De modo que si el valor (objetivo) de una mercancía se medía en función de la mencionada cantidad de trabajo socialmente necesaria para su producción (material), el valor (aleatorio) de un signo/mercancía depende, en última instancia, de esa *adhesión* (siempre circunstancial) a la significación o significancia resultado de la producción semiótica, lo que se manifiesta, entre otras cosas y como he señalado en el lugar citado (Caro, 2009), en la inestabilidad definitoria que caracteriza a este capitalismo del signo/mercancía o semiocapitalismo, y en su tendencia a evolucionar hacia la deriva especulativa que hoy corroe como un cáncer la economía mundial.

De lo anterior se desprende que, en el marco de este capitalismo del signo/mercancía o semiocapitalismo, es un *valor de consumo* (concepto este que ya anticipé en una obra juvenil: Caro, 1967) el que sustituye al valor de cambio propio del capitalismo productivista decimonónico analizado por Marx, valor de consumo que, como acabamos de ver, constituye el resultado específico de la producción semiótica desenvuelta en cada caso y en el modo como la significación o significancia en que se plasma dicha producción se concreta en unas específicas *expectativas de consumo* a favor de una determinada marca, la cual traduce, como ya hemos visto, en el mercado el correspondiente signo/mercancía y permite al producto o servicio que constituye, como igualmente hemos visto, su *soporte material* diferenciarse de la competencia

<sup>2</sup> Como he argumentado en otro lugar, el término *significancia* —entendido como el resultado de una acción de significar que es inseparable de dicha acción y que carece de entidad con anterioridad a la misma— es el que mejor se corresponde con el género de significación que lleva a cabo la producción semiótica (véase Caro, 2002/1993, p. 256).

en virtud de aquella *significancia* de la que la marca es portadora y con independencia relativa de las características objetivas de dicho producto o servicio. Y es así como la producción semiótica, en el seno de la cual cumplen un papel fundamental actividades que forman parte de las denominadas industrias creativas tales como la publicidad y el diseño, se ha constituido en la *verdadera* producción en el marco del capitalismo del signo/mercancía o semiocapitalismo, subordinando por completo a la producción material, la cual pierde así el papel central que le ha correspondido en todos los sistemas productivos que se han sucedido a lo largo de la historia de la humanidad.

Ahora bien, ¿qué relación existe entre esta producción semiótica como núcleo del capitalismo del signo/mercancía o semiocapitalismo y lo que aquí estamos denominando *macroestructura imaginaria*? La respuesta es bastante simple: si sucede que actividades incluidas dentro de las llamadas *industrias creativas*, como son el diseño y la publicidad, forman parte, como acabamos de ver, de dicha producción semiótica —el primero, insertando en la materia del producto la significancia atribuida al signo/mercancía y, por tanto, vaciándolo de su materialidad; y la segunda participando, por una parte, en la construcción de esa misma significancia y, por la otra, contribuyendo a introducirla en la mente de sus destinatarios hasta que se concreta en unas específicas expectativas de consumo—, ello nos pone en la pista que nos lleva a constatar hasta qué punto son prácticamente la totalidad de las actividades incluidas en esas industrias creativas las que actúan en sinergia con la publicidad y el diseño hasta confluir con éstas en la mencionada *macroestructura imaginaria*.

Pensemos por un momento en lo que sucede en la actualidad con una *industria creativa* como lo es la televisión. ¿Quién financia hoy en día la televisión comercial, que es, en la práctica, la única televisión realmente existente (cuando sucede que la llamada televisión pública, cuando todavía existe, se ha plegado en casi su totalidad al modelo de la primera)? La respuesta no admite el menor equívoco: la publicidad. ¿Y qué persigue la publicidad con esta financiación? Generar *expectativas de consumo* a favor de las marcas que se anuncian en los canales televisivos y, a través de ello, favorecer los objetivos de una *producción semiótica* que, como hemos visto, ha sustituido a la producción material como centro del proceso productivo. ¿Y qué sucede con los grandes espectáculos deportivos cuyos gigantescos presupuestos se alimentan

en lo básico de los ingresos que generan las retransmisiones televisivas? Que tales ingresos tienen su origen muy concreto en la venta de esas retransmisiones a los anunciantes, quienes pagan muy gustosos los precios de las correspondientes inserciones publicitarias siempre que éstas se traduzcan en incrementos de las *expectativas de consumo* para sus marcas, dependientes, a su vez, de las *significancias* construidas a favor de las mismas. ¿Y qué sucede con el cine comercial, cuya principal cadena de difusión es hoy la televisión? Que, frente a la vieja colaboración industria de Hollywood-fabricantes de productos de gran consumo que hizo del cine el principal instrumento de difusión y de implantación de un imaginario social centrado en el consumo y que se conoció en su momento como *American way of life* (Caro, 2005-2008, pp. 52-59), hoy en día asistimos a una verdadera colusión entre marcas e industria cinematográfica a través de productos audiovisuales tales como el *branded content* (Caro, 2013), que ponen el talento de algunos de los mejores cineastas de nuestro tiempo al servicio de la construcción de las mencionadas *significancias* que distinguen a las marcas más prestigiosas y glamurosas del momento de la competencia, con independencia relativa de sus características materiales. ¿Y qué podemos decir de los videojuegos, considerados hoy como uno de los principales sectores audiovisuales? Que la mayoría de sus manifestaciones son inseparables del *advergaming*, que en la actualidad constituye una de las actividades publicitarias más florecientes. ¿Y qué decir con respecto a esos diseñadores a lo grande que son los arquitectos de moda? Que sus creaciones son, en numerosas ocasiones, *macroanuncios* al servicio de las grandes marcas que se publicitan a través de ellos y, en otras, instrumentos a cuenta de la construcción de las *significancias* mediante las que pretenden diferenciarse esas neomarcas que han pasado a ser una cantidad cada vez más numerosa de ciudades. ¿Y qué añadir, finalmente, en lo concerniente a ese inmenso campo de batalla comunicativa que es, hoy por hoy, Internet? Que mientras, por una parte, funciona como gigantesca caja de resonancia de esas *significancias* construidas en relación con las marcas globales (y así, por poner un ejemplo, la serie de *branded content* realizada por encargo de la marca BMW en 2001 y 2002 bajo el título *The hire* y uno de cuyos capítulos lo protagonizaba la famosa Madonna, consiguió 100 millones de visionados durante los cuatro años de su exhibición en Internet), por la otra, dicha función es, en parte, contrarrestada por la acción de

los *prosumidores*, quienes combaten esas significancias a través de la parodia de sus principales manifestaciones en YouTube y otros sitios interactivos, al tiempo que tratan de desvelar la *realidad* del producto bajo la apariencia de la marca mediante los mensajes que intercambian en las redes sociales o dirigen a los gestores de las grandes empresas transnacionales. Pero esto ya nos pone en relación con otro escenario que desborda el que aquí estamos considerando.

Es así, a través de estas diferentes manifestaciones, como se van perfilando los contornos de lo que aquí denominamos *macroestructura imaginaria*. Una gigantesca estructura que atraviesa la práctica totalidad de las llamadas *industrias creativas* y que las pone al servicio de un objetivo muy preciso: construir marcas globales, entendidas como las principales exponentes del actual proceso de globalización capitalista, y que se diferencian unas de otras no en virtud de las características materiales de sus respectivos productos, sino, primordialmente, en función de las *significancias* de que se han dotado como resultado, tal como hemos visto, de la *producción semiótica* desenvuelta en su caso, la cual se traduce en unas específicas *expectativas de consumo* que —sin relación concreta con las *necesidades* que en teoría pretenden satisfacer— se han constituido en la principal fuente de valorización del capital en las condiciones del capitalismo del signo/mercancía o semiocapitalismo, y ello en sustitución de una *fuerza de trabajo* cuya desvalorización corre en paralelo a la que, en el marco de dicho capitalismo, ha experimentado la producción material frente a la producción semiótica. Y macroestructura imaginaria cuya principal función consiste en anegar el imaginario social que todos compartimos, dotándolo, a la vez, de una fluidez y una evanescencia que están en perfecta consonancia con la provisionalidad y aleatoriedad de las significancias con que se revisiten las correspondientes marcas globales.

## Referencias bibliográficas

Adorno, T. y Horkheimer, M. (1988/1948). La industria cultural: iluminismo como mistificación de masas. En T. Adorno y M. Horkheimer, *Dialéctica del iluminismo*. Buenos Aires: Sudamericana. Recuperado de [http://www.infoamerica.org/documentos\\_pdf/adorno\\_horkheimer.pdf](http://www.infoamerica.org/documentos_pdf/adorno_horkheimer.pdf)

- Anverre, A. et al. (1982). *Industrias culturales, el futuro de la cultura en juego*. México y París: Fondo de Cultura Económica/UNESCO.
- Berardi, F. (2003/2001). *La fábrica de la infelicidad. Nuevas formas de trabajo y movimiento social*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Berardi, F. (2011). Semiocapitalismo y totalitarismo mediático: el caso italiano. En A. Caro y C. Scolari (Coords.), *Estrategias globales. Publicidad, marca y semiocapitalismo* (DeSignis, 17). Buenos Aires: La Crujía Ediciones.
- Bustamante, E. (Ed.) (2011). *Industrias creativas. Amenazas sobre la cultura digital*. Barcelona: Gedisa.
- Caro, A. (1967). *La sociedad de consumo*. Recuperado de [https://www.academia.edu/578732/1967\\_-\\_La\\_sociedad\\_de\\_consumo](https://www.academia.edu/578732/1967_-_La_sociedad_de_consumo)
- Caro, A. (2002/1993). *La publicidad de la significación. Marco, concepto y taxonomía*. Tesis doctoral, Servicio de Publicaciones de la Universidad Complutense de Madrid, Madrid.
- Caro, A. (2005-2008). *Cine, publicidad e imaginario social*. Curso de doctorado impartido en la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid. Recuperado de [https://www.academia.edu/1744486/Cine\\_Publicidad\\_e\\_Imaginario\\_Social](https://www.academia.edu/1744486/Cine_Publicidad_e_Imaginario_Social)
- Caro, A. (Ed.) (2009). *De la mercancía al signo/mercancía. El capitalismo en la era del hiperconsumismo y del desquiciamiento financiero*. Madrid: Editorial Complutense.
- Caro, A. (2011). Semiocapitalismo, marca y publicidad. Una visión de conjunto. *Pensar la Publicidad. Revista Internacional de Investigaciones Publicitarias*, 5(2), 159-180. Recuperado de <http://revistas.ucm.es/index.php/PEPU/article/viewFile/37868/36636>
- Caro, A. (2013, noviembre). *Del spot al branded content*. Lo audiovisual al servicio de las marcas. Conferencia magistral pronunciada en el Congreso Internacional de Comunicación Facetas 4. Ensenada, Baja California. Recuperado de [https://www.academia.edu/5035067/2013\\_-\\_Del\\_spot\\_al\\_branded\\_content.\\_Lo\\_audiovisual\\_al\\_servicio\\_de\\_las\\_marcas](https://www.academia.edu/5035067/2013_-_Del_spot_al_branded_content._Lo_audiovisual_al_servicio_de_las_marcas)
- Florida, R. (2010/2002, 2004). *La clase creativa. La transformación de la cultura del trabajo y el ocio en el siglo XXI*. Barcelona: Paidós.
- Florida, R. (2009/2005). *Las ciudades creativas. Por qué donde vives puede ser la decisión más importante de tu vida*. Barcelona: Paidós.

- García Canclini, N. (2002). Las industrias culturales y el desarrollo de los países americanos. Recuperado de [www.oas.org/udse/espanol/documentos/1hub2.doc](http://www.oas.org/udse/espanol/documentos/1hub2.doc)
- Rodríguez Ferrándiz, R. (2011). De industrias culturales a industrias del ocio y creativas: los límites del “campo” cultural. *Comunicar*, 18(36), 149-156.
- Sternberg, E. (1999). *The economy of icons. How business manufactures meaning*. Westport: Praeger Publishing.
- Zallo, R. (1988). *Economía de la comunicación y la cultura*. Madrid: Akal.



# La semiótica visual y la encrucijada de la imagen a partir de la visualidad

ALFREDO TENOCH CID JURADO

## La imagen y el estudio semiótico de la visualidad

La imagen y la semiótica se encuentran relacionadas por una conexión fundamental manifiesta en una doble labor hermenéutica: se puede interpretar gracias a las imágenes y se pueden interpretar a las imágenes. La base del proceso doble radica principalmente en el acto interpretativo originado al partir de una abstracción, gracias a la cual es natural su consiguiente transformación en representación visual para su mejor comprensión por el ser humano. La imagen requiere entonces de representaciones visuales para ser interpretada, y la interpretación parte de imágenes-concepto para lograr la conexión signíca en un *aliquid stat pro aliquo*. La semiótica visual, en sus variadas posibilidades teórico-metodológicas, traza diversos caminos eficaces para la comprensión, la definición y la explicación de las problemáticas derivadas del uso de la imagen en distintos tipos de comunicación especializada. El amplio abanico aplicativo ha recorrido la comunicación audiovisual, la gráfica, la auditiva, la espacial en su transdisciplina, etcétera. Ha respondido también a tareas con objetivos de carácter divulgativo, científico, comunicativo, vulgarizador, en campos como el antropológico, el sociológico, el artístico, el médico, el estadístico, etcétera. Las tareas han manifestado la necesidad incesante de enfrentar coyunturas específicas, pero, en la actualidad, lleva a los especialistas a reflexionar continuamente sobre: 1) los límites básicos de partida; 2) las preguntas de investigación que motivaron las primeras indagaciones; 3) las descripciones del funcionamiento de los sistemas semió-

ticos, algunos consolidando apenas su eficacia, y 4) las descripciones resultantes en la fase de conformación como sistemas complejos, por ejemplo, la televisión o la publicidad. De este modo, la definición de imagen, la materialización y adecuación a los soportes o dispositivos, el funcionamiento estructural de los mensajes visuales, la individuación de las competencias cognitivas necesarias para convertirse en habilidades culturales, se vuelven fronteras naturales disciplinarias en un intento por circunscribir un campo de acción en sus límites, en su aplicabilidad y en su pertinencia. Tales límites constituyen ahora los puntos de partida para una semiótica aplicada al estudio sistemático de la imagen y de la visualidad.

Las preguntas iniciales, a mediados del siglo xx, llevaron en su origen a respuestas cuya tarea consistía en definir más los alcances de una disciplina, pero buscaban también responder a las necesidades inmediatas de brindar descripciones de los sistemas semióticos en respuestas. Precisamente, los espacios delineados como campos de aplicación fueron conformes al nacimiento de las problemáticas de cada sistema (cine, televisión, moda, publicidad, cómic, etcétera), a su estructuración (lenguaje publicitario, lenguaje gestual, etcétera), a su importancia en la construcción de identidades e ideologías, y a la cada vez mayor complejidad de una capacidad expresiva, comunicativa, pero, sobre todo, dentro de la tarea manifiesta de la conservación de la memoria cultural altamente contextualizada que se iba gestando.

Las preguntas primigenias, ahora generales, no se han modificado en esencia con el paso del tiempo, aunque han requerido actualizarse.<sup>1</sup> Sin embargo, los sistemas expresivos y los soportes materiales se han transformado de acuerdo con los cambios tecnológicos y a sus usos sociales, dando origen a aplicaciones sistematizadas, entendidas como semióticas específicas según la clasificación de Umberto Eco.<sup>2</sup> Cada

<sup>1</sup> Un caso ilustrativo se encuentra en la pregunta de Roland Barthes, formulada en 1964: “[...] la representación analógica (la copia) ¿sería capaz de producir verdaderos sistemas de signos y no solamente simples aglutinaciones de símbolos? ¿Acaso es concebible un «código» analógico –y no ya digital-?”. Sus respuestas dieron origen a una variante de la denominada retórica visual y la individuación de formas explicativas de la interacción entre representaciones visuales y la palabra escrita, entre niveles de significado y entre los nexos de lo analógico y lo digital. Su aplicación trascendió al campo de la literatura y rápidamente se convirtió en un clásico de la semiótica de la publicidad, de la imagen, y dio pauta al nacimiento de una estrategia retórica para el análisis visual (Barthes, 1964/1986, pp. 29-48).

<sup>2</sup> Se trata de la semiótica general, las semióticas específicas y la semiótica aplicada (Eco, 1984/1990, pp. 9-12).

una de ellas fue encontrando su propio camino y respondiendo en mayor medida al campo concreto de aplicación, y no ya necesariamente a una semiótica de carácter general. Y es que la preocupación inicial radicaba en comprender los procesos lógicos realizados en la mente de cada individuo para activar el tipo de relación con el cual una manifestación visual se convierte en signo de un significado más complejo. Algunas posturas enfrentadas van a generar distintos problemas de enfoque epistémico, tal y como sucede en aquel derivado de las discusiones en torno al iconismo.<sup>3</sup>

El giro semiótico (Fabbri, 1998) subrayó, por otra parte, la presencia de estructuras transversales como la *narratividad* y la *pasionalidad* derivadas de los caminos culturales erigidos para dotar de significado la articulación de las representaciones visuales. Sus directrices señalan, entre otras cosas, la estructuración como una ruta para el análisis y un camino seguro en imágenes determinadas por un contexto específico. Sin embargo, ya a inicios de este siglo se ha demostrado la necesidad de operar la reflexión filosófica sobre la imagen en la capacidad hermenéutica del ser humano para generar relaciones de tipo lógico, las cuales sustentan las formas de depositar significado en la imagen para construir visualidad en ella. La imagen ha sido, entonces, marco de complejas reflexiones y dotada de tareas por afrontar en la búsqueda de soluciones taxonómicas, de estructuración, de cognición. La solución, en muchos casos, ha generado dualidades básicas para su comprensión y para delinear el tipo de contenido profundo a partir de oposiciones como verdad/ficción, intermediación/mediación, especificidad semántica/universalidad, estaticidad/movimiento, competencia individual/colectiva, etcétera. La pléyade de oposiciones reúne varios niveles en sus manifestaciones textuales: el ontológico, el estético, el estésico, el patémico, el cognitivo, el alético. Tal búsqueda va de la mano con las tareas fundamentales a las cuales se debe responder

<sup>3</sup> Existe, por ejemplo, el denominado *iconismo primario*, entendido como la asociación resultante entre las representaciones gráficas del plano de la expresión y el contenido representado; dichas asociaciones devienen de una lectura icónica perceptiva. Es necesario evitar la confusión natural entre “la naturaleza icónica de la percepción” del *iconismo* de los llamados *signos icónicos* (véase Eco, 1997; y respecto a la mimesis, Bozal, 1987). La confusión puede ser descrita a través del concepto de *iconismo ingenuo*. Para este punto, consideramos de especial interés las reflexiones y el debate surgido en torno al iconismo que se encuentran presentes en Umberto Eco (1975/2000, pp. 287-318; 1997/1999, pp. 391-461), Omar Calabrese (1985, pp. 143-164), Roman Gubern (1987, pp. 44-144), Göran Sonesson (1989, pp. 220-250), etcétera.

en: 1) la explicación del uso en diversos contextos; 2) la capacidad de transmitir significados específicos; 3) la de conservar la memoria colectiva, y 4) la de manifestar y mantener culturalidades.

La semiótica visual ha participado, incluso de manera marginal en algunos casos, en la tarea de responder a las preguntas y en ayudar a comprender el desarrollo de las potencialidades de cada soporte, su dependencia al respaldo tecnológico y su consiguiente conversión en sistema semiótico. Es precisamente en la separación de una semiótica general y en su evolución en semióticas específicas donde ha sido probado un resultado eficaz para las respuestas inmediatas. No obstante, el resultado es magro y poco adecuado a una reflexión filosófica de carácter general, y en algunos casos se muestra parcial en la comprensión del fenómeno de manera holística y en su dimensión hermenéutica.

La tarea de la reflexión filosófica se vuelve indispensable al momento de enfrentar las denominadas nuevas tecnologías con cambios conceptuales en distintos campos y en los usos derivados más comunes de la comunicación visual contemporánea: la política, la publicitaria, la científica, la académica, la mercadológica. Las transformaciones tecnológicas han proporcionado modificaciones en los soportes y en las estructuras derivadas, en las relaciones cognitivas, así como en las competencias de acceso individual y social, en los usos y en la eficacia pragmática que convierte al sujeto intérprete en usuario, en individuo alfabetizado, en partícipe o excluido.

Las reflexiones anteriores, transformadas en problemáticas, llevan a dirigir la atención hacia un recorrido en el desarrollo sobre el trabajo semiótico en el campo de la imagen y, más concretamente, en la tarea semiótica de explicar el fenómeno de la visualidad.<sup>4</sup>

Un camino obligado florece al seguir ejemplos clásicos presentes en el uso de las imágenes conceptuales para materializar funciones y necesidades específicas, y en el análisis, se manifiestan en la ruta de transformación que va de “solución eficaz” a “modelo o parámetro a seguir”. Se trata de identificar esas rutas de acceso al significado por medio del análisis que vuelve visibles las acciones interpretativas de carácter semiótico, es decir, aquellas que siguen un proceso capaz de

<sup>4</sup> Por ejemplo, el estudio de la figuratividad nace como recurso metodológico para paliar las limitantes surgidas del reconocimiento de una semejanza como base para la interpretación visual. La individuación de unidades discretas legibles producto de la lectura del objeto visual permite la reagrupación de rasgos que apuntan hacia una lectura de carácter figurativo (Greimas, 1986/1991). Más adelante, la vía trazada dará origen a la semiótica figurativa.

dotar de significado a una manifestación expresiva de carácter natural o artificial por medio de una conexión de carácter lógico.

Una segunda ruta es aquella que muestra el camino seguido para evidenciar los existentes y para explicar el primer nivel de construcción del significado, lo que lleva a un segundo nivel de semiotización.

Justamente, uno de los caminos del segundo nivel elegido para explorar en su eficacia metodológica y su posterior conceptualización, se encuentra en los intentos que han visto incursionar a la re-mediación como concepto eficiente y desarrollado a inicios del presente siglo (Bolter 2001; Bolter y Grusin, 1999). Dicho concepto cobra vigencia para observar los cambios operados en las imágenes que circulan en los soportes de las tecnologías emergentes. Su nacimiento en el campo de la comunicación de los *new media* hace posible un análisis diacrónico de la eficacia de las preguntas planteadas y de la descripción del comportamiento hermenéutico del individuo expuesto como consumidor, como usuario y como productor de imágenes representadas en sistemas y procesos de visualización.

### **La imagen y la visualidad como problemas semióticos**

El estudio del problema de la comunicación a través de la visión radica fundamentalmente en comprender la diferencia entre la imagen y la visualidad. Las distintas corrientes al interior de la semiótica han enfrentado de manera distinta la diferenciación. El nacimiento de la semiótica visual en el modelo estructural otorga un carácter construido, incluso artificial a las manifestaciones visuales, en oposición a una semiótica cognitiva de la imagen, cuya tarea consiste en dar cuenta de las imágenes incluso mentales, y no sólo aquellas presentes en las representaciones visuales.<sup>5</sup> Gracias a su componente metodológico-estructural, la posibilidad articuladora identificada en los sistemas de representación es entendida como la base de semióticas específicas: la fotografía, la pintura, el cine, la danza, etcétera. Tal perspectiva postestructuralista dota a la imagen de un carácter funcional a manera de “dispositivo visual articulado dispuesto a representar algo” (Greimas,

<sup>5</sup> Los trabajos de Lucia Santaella Braga y Winfried Nöth han buscado dilucidar la diferencia efectiva entre una imagen conceptual y una imagen representada a partir de los conceptos de Charles Sanders Peirce: icono puro, icono perceptivo, hipoicono (Santaella Braga y Nöth, 2003).

1978/1994), por lo tanto, cada manifestación se compone de elementos plásticos con la capacidad de figurar, y con la tarea de transmitir un significado específico posible gracias a la acción de principios como la coherencia y la cohesión interna entre esos elementos, del mismo modo como se observa en un texto verbal. Desde esta perspectiva, la visualidad se entiende como un “cuerpo de conceptos” susceptible de ser representado no importa cómo, con la ayuda de diversos simbolismos entendidos como acuerdos previos de significado. Se trata no sólo de reconocer en el significante plástico una idea de semiótica de planos,<sup>6</sup> ni únicamente en su capacidad de “significar” gracias a la presencia de principios de organización, “sino en buscar comprender cómo significa y lo qué significa (Greimas, 1978/1994, p. 37). La pregunta de investigación es clara y la metodología de análisis derivada también.

El modelo resultante se aplica a las investigaciones figurativas, las cuales constituyen un componente autónomo de la semiótica general y obedece a la necesidad de observar expresiones plásticas organizadas estructuralmente para acceder a un reconocimiento figurativo con la clara intención de orientar un significado. Una semiótica a dos planos presupone la relación por medio de una función establecida por la relación entre esos dos componentes: un “algo plástico” que significa “otra cosa”. Dicha relación puede ser arbitraria o manifestar un grado mínimo de arbitrariedad, lo que permite identificar, por ejemplo, fases intermedias que resaltan la presencia *semisimbólica*<sup>7</sup> como estrategia para generar “efectos de sentido”. No obstante, la figura del intérprete queda bosquejada a través de la acción de poner en marcha las funciones, y la evidencia de su presencia se encuentra en el ejercicio de conjuntar los componentes del texto en cuestión, es decir, en unir ambos

<sup>6</sup> Los planos se identifican a través del modelo biplanar propuesto por Ferdinand de Saussure y están formados por un plano del significado y un plano significante, enriquecido en sus niveles internos al incluir la *forma* y la *sustancia* como componentes de cada plano. Las adecuaciones posteriores lo denominan el plano del *contenido* gracias a la carga semántica única que cada signo es capaz de llevar y el *plano de la expresión*, que remite al vehículo específico que transporta ese significado.

<sup>7</sup> El sistema semisimbólico, de acuerdo con Greimas, es un sistema significante que reúne el plano del contenido y el plano de la expresión gracias a “la correlación entre categorías que dependen de los dos planos” (Greimas y Cortés, 1986/1991, pp. 227-229). La utilidad del concepto ha permitido explorar las correlaciones plásticas al momento de constituir significados a manera de categorías, como sucede con los gestos de afirmación-negación realizados con el rostro: horizontal = no; vertical = sí.

planos. La complementación necesaria al modelo postestructural ha permitido ampliar el campo de acción hacia una semiótica centrada en efectos pragmáticos en el individuo intérprete y a descubrir su relación con la cultura circundante, la cual permite la puesta en marcha de las competencias necesarias para el reconocimiento del nivel semántico en un texto de carácter visual.

Desde otra perspectiva, la visualidad es entendida también como una forma de “hacer ver” y consiste en construir la mirada. John Berger observaba en un ensayo pionero paralelo a la semiótica, sobre los *ways of seeing*, es decir, los “modos de ver”, ese carácter construido de la visión como una decisión voluntaria

Sólo vemos aquello que miramos. Y mirar es un acto voluntario, como resultado del cual, lo que vemos queda a nuestro alcance, aunque no necesariamente al alcance de nuestro brazo (Berger, 1972/1980, p. 14).

Sin embargo, la construcción de la mirada, al transformarse en visión dirigida con propósito semántico o pragmático, desarrolla una estrategia comunicativa que reedita en posibilidades guiadas con intenciones específicas. Jean-Marie Klinkenberg (2010) sostiene, al respecto de la obra de arte, que “*Si c’est le regard qui fait l’oeuvre, j’affirme que l’on peut rendre compte de ce regard*”<sup>8</sup> (p. 15). La explicación debe especificar los recursos, evidentes o no, para dirigir la mirada en una estrategia que constituya un recorrido visual tal, capaz de dotar de significado a la obra: *Ici, il ne s’agit pas de s’éloigner de l’oeuvre en prenant appui sur elle pour aller ver autre chose. Il s’agit de dépasser le voir pour atteindre le regarder. Il s’agit d’aiguiser la perception. De nommer, pour mieux faire accéder à la conscience.*<sup>9</sup> (Klinkenberg, 2010, p. 17).

La imagen visualizada constituye, entonces, un punto de vista seguido por un recorrido de la mirada, la cual es inducida gracias a distintas estrategias que hacen posible el sentido buscado en la construcción del significado.

La perspectiva humana de la visión puede ser concebida así como movimiento y, por consiguiente, al momento de su conceptualización, se convierte en mirada y en recorrido visual.

<sup>8</sup> “Si es la mirada que hace la obra, sostengo que se puede dar explicación esa mirada”. (Traducción del autor).

<sup>9</sup> “Aquí, no hay abandono de la obra por confiar en ella para ir a otra cosa. Esto está más allá de la vista para lograr la apariencia. Esta percepción de nitidez. Nombrar, por un mejor acceso a la conciencia”. (Traducción del autor).

La mirada es fundamental en la comprensión si se entiende como consecuencia del hecho deliberado de “hacer visible” algo.<sup>10</sup> Existen sistemas semióticos donde la visualidad es condición necesaria para una expresión material y sensitiva dando pie a diversas problemáticas que permiten comprender mejor el fenómeno. Si se toma como ejemplo la idea de base en la semiótica narrativa del espectáculo, la visualidad consiste en reconocer la significación en una presuposición inicial a partir de una doble percepción: ya sea en el sujeto que mira, es decir, sobre las unidades componentes del relato, ya sea sobre su relación lógica de conexión que permite construir la línea coherente y enlazada de un relato. Al momento de incluir el movimiento en las formas del espectáculo surge, por ejemplo, el *punctum temporis*, descrito por Christian Metz como un proceso instantáneo en la fruición filmica, el cual puede ser inmovilizado, y funciona adecuadamente gracias a que proporciona los cambios de inteligibilidad (Metz, 1967/2002, pp. 46-47). Dichos cambios van de la línea del proceso a la totalidad del significado del relato, haciendo saltos de inteligibilidad de los momentos de la trama dirigidos a la historia global. La acción mental del espectador es fundamental, ya que supone un recorrido con la mirada y con la capacidad de construir significado al unir cada uno de los elementos significantes a través de una unidad semántica. De este modo, cada unidad se conecta con las demás, pero requiere de la comprensión del motivo que une cada parte componente del evento espectacular. El *punctum temporis* supone así una estrategia espacio temporal y, al mismo tiempo, una fase en una cadena de artificios para poder comunicar, siendo, además, el resultado de una composición semántica dotada de una intención semántica previamente estipulada.

La visualidad como un “modo de ver” se exhibe de manera concreta en cada sistema semiótico y deriva incluso de las condiciones tecnológicas adecuadas a la visión humana en las distintas formas del concepto pantalla, soporte o en las representaciones materiales como la radiografía, la ecografía, etcétera. Por ejemplo, François Jost señala las formas determinantes de la interacción entre palabra e imagen en

<sup>10</sup> Martín Alonso define conceptos relacionados con la visión en su aspecto coloquial: *visualización*, en una segunda acepción, como la “Percepción mental de las imágenes con tal distinción como si fueran vistas por los ojos”, y *visualizar*, desde una perspectiva cinematográfica, como “Formar imágenes visuales de los temas en su correlación, encuadre, movimiento, etc., tal y como serán ostensibles en forma de película concluida. Tal vez la más difícil, pero necesaria habilidad entre la gente de cine” (Alonso, 1958/1982, p. 4186).



los programas informativos de televisión como una jerarquía de los elementos modalizadores (Jost, 2001, pp. 25-36), ya que las formas discursivas suponen, en la enunciación, una relación entre el Tú-Yo/Yo Tú y el discurso sobre el Él.<sup>11</sup> Las condiciones de una relación de uno u otro tipo son elementos de base para la mirada dirigida, y sientan, al mismo tiempo, los cimientos para la construcción de verdad, de ficcionalidad, de extrañamiento con respecto al “objeto mirado”.

La comunicación audiovisual ha enfrentado el problema con soluciones diversas en cada avance de la tecnología para potenciar los soportes y los dispositivos comunicativos. De su adecuada combinación dependerá el éxito de la estrategia puesta en marcha, ya que de ella derivan necesariamente los efectos de sentido buscados: la realidad, la verosimilitud, el mundo posible, el distanciamiento psíquico del espectador con respecto al sujeto que actúa en primera persona, entre otros.

### **El recorrido semiótico: *intentio*, límites y goce estético**

La semiótica cognitiva carece de un modelo único de análisis, centrado en el estudio de las representaciones visuales. La posición pragmática del semiólogo italiano Umberto Eco ha permitido focalizar la atención sobre cuestiones de la visualidad que permite explorar el campo del análisis. La concepción triádica supone un sujeto intérprete, lo cual posibilita la inserción de problemáticas externas al texto y ensancha la oferta de posibilidades limitadas a una perspectiva “textocéntrica”. La semiótica desarrollada por Eco (1979, 1990, 1992, 1997, 2002) lega una serie de elementos capaces de enriquecer un modelo de análisis para los textos de carácter visual. Las nociones de *lector ideal*, *lector modelo* (1979), la *intentio auctoris, operis y lectoris* (1990), la noción de *enciclopedia* (1984), la inferencia y la *cooperación textual* (1979, 1994), el uso y la in-

<sup>11</sup> Este tipo de relación semántica ha sido ampliamente explicada con los conceptos de *débrayage* (desembrague) y *embrayage* (embrague). Son estrategias dirigidas a la proyección en el primer caso, y al rechazo de esa proyección en el segundo, según Francesco Marsciani y Alessandro Zinna (1991, pp. 119-129). Donde el trinomio sujeto-tiempo-espacio actúa como condición para poder enunciar, el desembrague supone la separación entre la instancia de la enunciación como presuposición del enunciado-discurso como significación producida, para alcanzar el efecto del “no yo” (Zinna, 1991, p. 122). El embrague, por su parte, es el opuesto, pues regresa a la instancia de la enunciación y sólo puede manifestarse como consecuencia de un desembrague previo (Zinna, 1991, p. 127), es decir, un discurso emitido al cual se regresa creando el efecto de sentido de personalización para distinguir quién habla en el texto visual del sujeto que lo está mirando.

*terpretación* (1979, 1990) han permitido considerar un punto de partida para medir las instancias de un proceso comunicativo a pesar de sus cambios continuos. El principio de base en los conceptos observa al texto como un *constructo* de operaciones lógicas por descifrar y, como consecuencia, poder analizarlo en sus efectos previstos, a pesar de una noción rígida de autor.

En el año 2000, Umberto Eco participa como activista en la construcción de la idea de “Europeidad”, y entre sus muchas reflexiones se cuentan diversas aproximaciones al arte. El catálogo de la exposición *L'ombra della ragione* concluye con una definición semiótica de *epifanía*: *Con la poética dell'epifania si vagheggia a un estasi che si produce di fronte alle cose di questo mondo*<sup>12</sup> (Eco, 2000, p. 24). Se entiende como proceso resultante de una obra de arte en relación con una experiencia de carácter personal en la recepción de un texto literario y su extensión a un texto audiovisual.

A pesar de que las referencias son totalmente literarias, si se parte de una transformación interpretativa que permite admirar una obra de Kandinsky y modificar la comprensión de su pintura después de leer “De lo espiritual en el arte”, el cambio es identificable en otros momentos históricos de la literatura e implican una relación “mirada literaria/mirada visual”. James Joyce, Cesare Pavese y Thomas Mann expanden la comprensión de dicho proceso gracias al enfoque de la obra por medio de un doble comportamiento: la descripción al interior de su esencia como literatura y la búsqueda del efecto mostrado al lector por parte del autor al intentar extender la imagen del primero como consecuencia de la estrategia del segundo.

Las reflexiones de un signo visual en Umberto Eco no descuidan del todo las distintas manifestaciones de visualidad presentes en la televisión, el cine, los objetos y la arquitectura, además del arte. Existe una serie de líneas generales capaces de mostrar el comportamiento de la imagen al pasar por la visualidad y convertirse en representación. Un modelo de análisis debe incluir los aspectos expuestos a lo largo de su obra semiótica para diferenciar las condiciones de visualidad: 1) la diferencia entre autor y obra en la fase de la interpretación; 2) las formas individuales de mirar que sitúan un sujeto como el *alguien* que realiza las conexiones sígnicas de la interpretación; 3) los procesos

<sup>12</sup> “Con la poética de la epifanía se contempla en un éxtasis que sí produce frente a las cosas de este mundo”. (Traducción del autor).

cognitivos subyacentes puestos en marcha al momento de activar la interpretación (*enciclopedia*<sup>13</sup>), y 4) los criterios lógicos presentes en las formas de ver manifestados como cadenas interpretativas (criterio de interpretancia<sup>14</sup>). La elección de algunos aspectos sobresalientes en la obra del semiólogo italiano hace posible un seguimiento metodológico a lo largo del desarrollo diacrónico, en la continua evolución hacia una semiótica específica. Sin duda, la idea de *enciclopedia*, de *intenciones* como guías interpretativas, de prisiones cognitivas para la interpretación, son todas preocupaciones legítimas en la obra del semiólogo italiano y se extienden a la idea de visualidad como operación hermenéutica para la comprensión de la imagen.

La *capacidad interpretativa* se observa desde distintas perspectivas: las conexiones, lógicas, los procesos de traducción y adecuación, la actualización y puesta en juego del propio conocimiento acumulado. Cada una de ellas es parte inherente de la capacidad hermenéutica presente en el individuo en su calidad singular y en la de sujeto social. Precisamente, en un escrito pionero de 1958, Umberto Eco se adentra en un intento por definir el arte, concretamente en el problema de la obra abierta. La apertura interpretativa de la obra de arte permitirá conceptos ulteriores, los cuales irán adquiriendo la modelización necesaria para la comprensión del circuito comunicativo que interesa a la imagen y a la visualidad. En sus inicios, Eco advierte cualidades en la obra de arte capaces de asentarse en dos características: el hecho comunicativo por una parte, y el diálogo interpersonal por la otra (Eco, 1958/2002, p. 162). Es importante la noción de “obra” como unidad capaz de centrar el nudo de las problemáticas, aquellas surgidas en la discusión del arte en la segunda década del siglo pasado y las que devienen en la maduración de una teoría de la recepción. La obra supone la existencia de dos fases componentes que Eco considera aspectos implícitos el uno con el otro: “[...] el autor da comienzo a un objeto

<sup>13</sup> El mismo Eco la define como “[...] el conjunto registrado de todas las interpretaciones, concebible objetivamente como la biblioteca de las bibliotecas, donde una biblioteca es también un archivo de toda la información no verbal registrada, desde las pinturas rupestres hasta las cinetecas” (Eco, 1984/1990, 199: 133). Entendida como un postulado semiótico, se puede decir que existen enciclopedias locales, individuales y específicas.

<sup>14</sup> Se trata de un proceso mental donde un signo (expresión o representamen) traduce en otra expresión (o representamen) un significado. Se trata de una traducción o adecuación a otro sistema de signos por medio de otro signo (interpretante); “[...] de manera tal que el interpretante no sólo explique al interpretado en algún aspecto, sino que también permita conocer algo más acerca del interpretado (Eco, 1984/1990, p. 131).

determinado y definido, con una intención concreta, aspirando a un deleite que la reinterprete tal como el autor la ha pensado y querido [...]”. (Eco, 1958/2002, p. 161).

La visualidad radica, entonces, en una serie de operaciones capaces de conectar de manera lógica una manifestación visual con el conjunto de significados derivados de las redes constitutivas de una imagen mental en toda su complejidad.

Ahora bien, el proceso de individuación de aspectos componentes para observar un proceso interpretativo subraya la presencia implícita del autor con una intención definida, y piensa ya en la existencia de un receptor. La recepción concebida como una serie de procesos lógicos concatenados y conexos por medio de una serie de intenciones consiste en un primer momento en provocar deleite al relacionar sus contenidos. En segundo lugar, Eco coloca al

“[...] objeto [que] es gustado por una pluralidad de consumidores, cada uno de los cuales llevará al acto del gustar sus propias características psicológicas y fisiológicas, su propia formación ambiental y cultural, esas especificaciones de la sensibilidad que entrañan las contingencias inmediatas y la situación histórica; por consiguiente, por honesto y total que sea el compromiso de fidelidad con respecto a la obra que ha de gustarse, todo deleite será inevitablemente personal y captará la obra en uno de sus aspectos posibles. [...]”. (Eco, 1958/2002, p. 162).

La obra de arte producida en relación con el individuo supone la acción de “gustarla” en tanto objeto de placer como una intención definida. La estrategia textual traza un perfil a seguir por medio de la acción interpretativa y se define gracias a la presencia de un bagaje individual del sujeto, del contexto interpretativo que lo rodea y la circunstancia en la cual se efectúa la interpretación.<sup>15</sup>

El rasgo de “fidelidad con respecto a la obra”, además del carácter “personal” del acto de interpretar, son fundamentales en el hecho hermenéutico derivado. No obstante y a pesar de la “lectura decons-

<sup>15</sup> Roland Barthes observaba el placer por el texto de manera análoga e iniciaba su disertación sobre el “placer del texto” con la reflexión: “El placer del texto: tal es el ‘simulador’” de Bacon, quien pueda decir: *nunca excusarse, nunca explicarse*. Nunca niega nada: “Desviaré mi mirada, ésta será en adelante mi única negación” (Barthes, 1973/1982, p. 9).

truccionista” derivada del goce estético implícito en la noción de *obra abierta*, Umberto Eco (1990) resalta la necesidad de distinguir los límites interpretativos adyacentes en la obra misma.

La imagen como fenómeno y como fenomenología aparece reiteradamente en las reflexiones del semiólogo italiano a partir de la década de 1970. Una serie de aproximaciones metodológicas al estudio de la imagen perfilan ya recurrencias de carácter aplicativo para el análisis, entre las más importantes destaca la separación de la imagen conceptual de su representación visual.

La reflexión acentúa su origen en la perspectiva de la semiótica de Charles Sanders Peirce y en separación a una tendencia inicial de una semiótica de inspiración lingüística. El carácter no fragmentario de la imagen aparece como uno de los logros principales y se convierte en una de las bases para el estudio de la visualidad, ya que al no considerar a las unidades mínimas de significado del mismo modo operante en la lengua natural, permite dar forma a la idea de base que “no todos los fenómenos de comunicación pueden explicarse con categorías de la lingüística” (Eco, 1970/1984, p. 23). La comunicación visual se encuentra inserta, por lo tanto, en un proceso más amplio como una de las posibilidades que mantiene con vida una cultura.

En el texto “Semiología de los mensajes visuales”, la tarea por realizar es clara para la disciplina, ya que “[...] una semiología [semiótica] de las comunicaciones visuales podrá constituir el punto de partida para la definición semiológica de los demás sistemas culturales [...]”. (Eco, 1970/1984, p. 24).

Las imágenes en cuanto formas de la comunicación visual se encuentran predeterminadas por los procesos y los sistemas culturales que materializan una cultura. El estudio de la obra visual requiere concebir el proceso como parte de una operación cultural en sus dos posibles momentos: el de la *producción* y, sobre todo, en el segundo, el de la interpretación que pasa por el *reconocimiento*. Es por ello que surgen los *códigos de reconocimiento* (Eco, 1970/1984, p. 30) y la sistemática presencia de la *convención*, entendida como la regulación de todas las *operaciones figurativas* (1970/1984, p. 33) que dan origen a la *imagen convencional* (Eco, 1970/1984, p. 32).

Otros aspectos nutren la reflexión, pero la pertinencia metodológica lleva a desechar aquellas menos ricas para la contribución analítica al momento de no responder, por ejemplo, a cuestiones derivadas de la

comunicación audiovisual. No obstante, retomar el carácter analítico y sintético de los códigos al momento de la sobreposición requerida en determinados procesos comunicativos, permite explicar la interacción entre sistemas y subsistemas. Precisamente, el proceso de sobreposición funciona gracias a que “[...] a menudo un código se articula adoptando como figuras los sintagmas de un código más analítico, o que, por el contrario, un código considera como sintagmas, término último de sus propias posibilidades combinatorias, las figuras de un código más sintético [...]” (Eco, 1970/1984, p. 57).

El fenómeno es claro en un código de sordomudos basado en una lengua natural, pero la imagen presente en las nuevas tecnologías recurre con frecuencia a la sobreposición, al respetar el criterio de economía del proceso comunicativo, es decir, “más con menos”, como se observa actualmente en la comunicación directa e inmediata en las redes sociales. El “código más analítico” subyace, entonces, como capacidad puesta en marcha durante el proceso de semiosis y permite las conexiones semánticas a distintos niveles.

El mirar adecua a los cuadros interpretativos definidos por la cultura de proveniencia y de la formación individual se constituye la *capacidad cognitiva* de ver. La relación entre el saber previo y el significado activado en el proceso interpretativo hace posible la relación icónica. En contraposición, un exceso de la lectura determinada culturalmente da paso a la noción de “iconismo ingenuo”, la cual surge de una aproximación derivada y sistematizada de la teoría cognitiva de Charles Sanders Peirce. En 1976, el “Tratado de semiótica general” incluye un apartado con la clara tarea de describir la relación icónica de un signo, con una serie de determinantes de carácter simbólico y cultural.

El único modo de conseguir que siga siendo válida la primera definición [el signo como resultado de una función semiótica] es mostrar que incluso en el caso de los signos motivados la correlación se plantea mediante convención. Evidentemente, en este caso el centro del problema lo constituye el concepto de “convención” que no es coextensivo al de “vínculo arbitrario”, pero en cualquier caso es coextensivo al del vínculo CULTURAL”. (Eco, 1976/2000, p. 287).

La noción de *iconismo ingenuo*, en tanto respuesta a un texto visual impulsando convenciones ajenas a él, se activa al momento de la inter-

pretación y radica esencialmente en establecer una relación entre un signo representado y una lectura más específica, más acabada. Dicha lectura será dictada por una serie de presuposiciones que determinan el tipo de relación, sin importar si ese nexo es el resultado de conocimientos extraños al signo representado y si la interpretación obedece a un modo distinto de ver el mundo al establecido por una esfera semiótica específica.

Los problemas de *iconismo ingenuo* pueden derivar en tipos específicos de respuesta: etnocentrismo, *hipercodificación*, *hipocodificación*, por citar los más comunes (Eco, 1976/2000; Cid Jurado, 1999). Los tipos de iconismo ingenuo relevados por Eco son una muestra del proceso de relación sémica común a esos casos, sin embargo, alertan sobre una posibilidad de lectura mediada por lo que se quiere ver, lo que se puede ver, lo que se sabe ver<sup>16</sup> (Cid Jurado, 2011).

En 1977, Umberto Eco señala la presencia de dos modos de interpretación con respecto al carácter visual de una imagen, en este caso, una fotografía. La primera se refiere a una interpretación de tipo “tradicional”, donde “la vida es vivida como una obra de arte” (Eco 1977/1986, p. 293). La segunda, en su operar

[...] nos obliga a algunas reflexiones más: la obra visual (cine, video, imagen mural, cómic, fotografía) forma parte ya de nuestra memoria: Lo cual es bastante distinto y parecería confirmar una hipótesis ya conocida de que las nuevas generaciones han proyectado como componentes de sus comportamientos una serie de elementos filtrados a través de los medios de comunicación de masas (algunos de ellos procedentes de las zonas más inaccesibles de la experiencia artística de este siglo). [...] hasta qué punto lo vivido (amor, miedo, esperanza) ha sido filtrado a través de imágenes “ya vistas”. (Eco, 1977/1986, p. 393).

Las dos interpretaciones funcionan como una dicotomía capaz de explicar modelos interpretativos a partir de una imagen. *Tradicional* se entiende en un sentido literal, cerrado y fundamentalmente contemplativo, mientras la segunda pone en marcha la *conexión intersemiótica*

<sup>16</sup> En una compilación de búsqueda sobre una epistemología de la visualidad, José Luis Brea advierte sobre una reducción ulterior radicada en el concepto mismo de “lo visual”. Reductiva porque subraya la importancia de la percepción como un fenómeno multisensorial y decididamente cultural. (Brea, 2005, pp. 5-14).

de un ejercicio interpretativo basado en la relación de unidades semánticas interconectadas y en grado de manifestarse al momento de ser invocadas por nuevas imágenes. Aparece, además, “lo narrativo” de la imagen en su capacidad de remitir a una historia previa; la imagen constituye, de ese modo, un signo que invoca el contenido semántico de una historia anterior y revive en las condiciones que reenvían a la imagen a otras experiencias previas con la tarea de asociarse en conexión lógica, hacia una nueva lectura.

La reunión de los conceptos destacados en este apartado sugiere una serie de pasos a través de los cuales es posible analizar un texto visual desde una semiótica de la imagen. El modelo se inscribe en una pragmática del texto (Paolucci, 2007), en una semiótica de la cultura (Lorusso, 2010), y en los nexos metodológicos con una semiótica postestructural, tal y como son destacados por Ruggero Eugeni (2004).

### **Problemáticas semióticas a partir de la remediación**

La tarea pendiente para finales del siglo pasado e inicios de éste radicaba en reconocer los mecanismos del paso de un contenido semántico de un sistema semiótico a otro y sus consecuencias en la interpretabilidad accionada por los individuos, entendidos ya no solamente como lectores, sino como usuarios, e incluso productores de imágenes derivadas.

Si la semiótica cognitiva explica el fenómeno por medio de conexiones lógicas y la semiótica posestructural coincide en incorporar la propia experiencia vivencial y empírica por medio de la acción de las emociones y las pasiones, ambas rutas centran sus análisis sobre el plano de la expresión. En este contexto, la semiótica se sirve del concepto de remediación, surgido a fines del siglo pasado con la intención de evidenciar carencias y de responder a la necesidad de explicar el comportamiento del significado transmutado en los sistemas semióticos. En tal sentido, la tarea consiste en mostrar los cambios, los comportamientos inhabituales al momento de transitar sobre las adecuaciones a los formatos.

En sus inicios, la semiótica aplicada pudo resolver sólo parcialmente dichos cambios derivados de las transformaciones, las migraciones de sentido, las formas varias de adecuación plástica y la continua interacción entre sistemas. La respuesta se materializó en soluciones



momentáneas unas, de mayor trascendencia otras, partiendo siempre del ejercicio explicativo de las experiencias del análisis aplicado. Federico Zecca observa, por ejemplo, la intermedialidad, en un intento por definir el fenómeno, en ese periodo que a la luz de las evoluciones se ha convertido en las “arqueologías intermediales” (Zecca, 2013). Asimismo, Zecca propone retomar el concepto ya presente en Silvestra Mariniello, que lo define como un “concepto polimorfo” a partir de sus perspectivas de análisis:

[...] *i)* una genealogía de los *media* fundada sobre la materialidad de toda la producción cultural; *ii)* los “fenómenos de transferencia”, es decir, de transportación de los materiales [expresivos] o de las tecnologías de una cultura a otra, de un médium a otro; *iii)* una historia de los medios basada sobre esta genealogía o estas transferencias; *iv)* ¿el efecto de los medios sobre la concepción de tiempo, del espacio y de la cotidianidad; el rol del arte? En la construcción de las relaciones entre los media, los saberes y la sociedad”. (Mariniello, 2003, p. 48). (Traducción del autor).

Las aproximaciones semióticas al fenómeno derivan de estudios más focalizados hacia la intertextualidad (Genette, 1962/1989; Kristeva, 1969/1981; Zecca, 2003) o a la traducción intersemiótica (Cid Jurado 2007; Torop, 1995/2000, 2002). Las aproximaciones metodológicas de ambos enfoques tienen como fin último explicar las condiciones de transmigración del significado, sin descuidar la importancia de la visualidad en el orden plástico del arte, como sucede en el proceso de la creación artística, por ejemplo (véase Gorrée, 1994). Las posibilidades metodológicas han permitido comprender, en un primer nivel, las fases iniciales de los cambios operados en las orquestaciones sucedidas en los denominados nuevos medios. La primera pregunta que emerge en este contexto es: ¿Qué sucede con la imagen y su conversión en texto visual transformado en comunicación por medio de estrategias de visualidad?

En la comunicación, a través del estudio de los procesos involucrados con la visión, es requerida la diferenciación entre imagen y visualidad a partir de las abstracciones semánticas que supone cada concepto.<sup>17</sup>

<sup>17</sup> Por ejemplo, Régis Debray observa esta dicotomía de manera peculiar, y al hablar de la relación de la imagen con la muerte destaca la presencia de una división tácita al afirmar que para

Un recorrido a lo largo de la historia de las imágenes convertida en hechos visuales ha sido realizado desde distintas perspectivas disciplinarias; sin embargo, la imagen ha sido descrita como una historia de sus soportes soslayando, en ocasiones, sus principales condiciones de carácter hermenéutico (véase, por ejemplo, Brusatin, 2002). Por tal motivo, es necesario establecer una definición operativa capaz de proporcionar la posibilidad de evidenciar aquellos aspectos teóricos necesarios para responder a las preguntas cotidianas en el ejercicio de su acción comunicativa.

La imagen, desde la percepción del individuo hasta su conversión en significado, incluso social, es el resultado de una conexión de operaciones lógicas que involucran la sensación, la emoción, la integración (Groupe  $\mu$ , 1992), la asociación, el reconocimiento (Santaella Braga y Nöth, 2003), la fragmentación, la totalización, la modelación, la modalización (Fontanille, 1995), *etcétera*. Por su parte, la visualidad consiste en erigir una estrategia gracias a la cual es posible implantar sentido en un texto visual, a través de una red interpretativa entretejida con el receptor-destinatario-usuario, entendido como sujeto social, a través de conexiones con imágenes o conjunto de imágenes colocadas en posición de comunicar una intención semántica y un contenido específico preestablecidos.

Al elegir una intención comunicativa para la producción de un texto visual se hace presente una serie de coincidencias en la tarea de utilizar la imagen como vehículo de la comunicación. La imagen, al formar parte de un proceso signico, debe posibilitar la conexión entre una forma material capaz de vehicular el significado y una abstracción que adquiere materialidad en esa representación. *La representación visual es, por lo tanto, una forma signica operante siempre y cuando obedezca a la necesidad imperante de reflejar una forma de verdad como condición sine qua non para poder funcionar en un aquí y un ahora específicos.*

De las premisas anteriores surgen las acciones que en su ejercicio continuo dan vida a la visualidad como proceso social comunicativo. La verdad representada es válida al interior de esa representación y funciona gracias a una intención comunicativa.

---

nuestros ancestros “La imagen constituía no el objeto sino el activador de una permuta en el perpetuo comercio del vidente con lo no visto” (Debray, 1992/1998, p. 29).

En un primer momento, esas acciones se convierten en tareas y, posteriormente, en cualidades específicas necesarias para cumplir la condición con la cual una imagen se convierte en un texto visual. El trabajo analítico recurre a esas presencias continuas, las organiza y las jerarquiza a partir de dualidades, por medio de las cuales es posible establecer los principales órdenes de tipo ontológico, ético, estético, patémico, epistémico, alético. Una de las estrategias utilizadas de manera eficaz para el análisis ha requerido de aproximaciones metodológicas gracias a la identificación de axiologías de base. De este modo, la verdad/ficción, la inmediatez/mediación, *la especificidad semántica/universalidad*, estaticidad/movimiento, competencia individual/competencia colectiva han permitido comprender el funcionamiento de dichas estrategias y las posibles limitantes de cada contexto.

La condición de verdad es un problema en la estrategia de la construcción de sentido y se presenta como tipos distintos de dualidades. Por una parte, se encuentra la dicotomía verdadero/falso y, por el otro, la oposición entre verdad/ficción, donde ambas afectan transversalmente las necesidades requeridas para la construcción de visualidad. Aristóteles destacaba en su *Poética* el connubio necesario entre *verosimilitud* y *necesidad de una acción* como componentes imprescindibles en las cualidades de los caracteres: “Es preciso en los caracteres, al igual que en la trama de las cosas, buscar siempre o lo necesario o lo verosímil, de manera que resulte o necesario o verosímil el que personaje de tal carácter haga o diga tales o cuales cosas, y el que tras esto venga esto (sic)” [1554 a 35] (Aristóteles, 1946/2000, p. 23).

La preocupación radica fundamentalmente en la verosimilitud como resultado de la relación lógica de los componentes de una trama. Su presencia al interior señala la importancia de las condiciones de verdad que se construyen al interior de los relatos y que reflejan aquellas posibilidades de ser creadas. La idea de creación de una verdad posible remite a un postulado semiótico según la observación pionera de Umberto Eco, donde afirma: “Si una cosa no puede usarse para mentir, en ese caso tampoco puede usarse para decir la verdad: en realidad no puede usarse para decir nada” (Eco, 1976/2000, p. 22).

La idea de una teoría semiótica de la mentira enfrenta nuevas posibilidades de lectura retroactiva y nuevas formas estructurantes en el acto semiótico de mentir. Ahora bien, desde la verosimilitud aristotélica hasta la teoría semiótica de la mentira, el fenómeno se expresa en

un amplio abanico de posibilidades y se refleja en los registros visuales convertidos, gracias a figuras exegéticas, en vehículos para la conservación de la memoria colectiva.

Por otro lado, el concepto de verdad envía necesariamente a una categorización a partir del ejercicio lógico de su manifestación expresiva. La lógica lingüística observa el fenómeno diferenciando la *verdad meta-lingüística* (presente en la condición de lectura) de la *veridicción* (basadas en dar un hecho o valor fundamentado en una función mediadora o de arbitrio).<sup>18</sup> Gracias a esa diferenciación, la verdad puede ser observada al mismo tiempo como una función y como un valor, es decir, es posible reconocerla con una función sintagmática de orden interno al texto visual, si se plantea esa función dentro de una representación visual regida por las normas de un sistema semiótico específico. De igual modo, puede mostrar contemporáneamente su valor exterior determinado por las condiciones en las que se encuentra inserto y su proyección hacia el exterior acorde a una función comunicativa específica. Esas condiciones permitirán constatar su veracidad con referencia a hechos concretos estableciendo su acción en los valores de verdad paradigmática. A partir de tales comportamientos, subrayados además por la remediación, es posible jerarquizar una serie de criterios semióticos retomando los problemas anteriormente destacados. La visualidad nos da cuenta así de aquellos principales, presentes en el campo de la producción visual de la imagen y en las reflexiones sobre los usos de esas imágenes.

### **La visualidad en la construcción de verdad: del proceso a la estrategia**

Una de las preocupaciones contemporáneas relacionadas con la imagen y con sus formas de representación radica, precisamente, en la posibilidad de construir verdad/mentira por medio de los niveles alético y ontológico presentes en toda producción textual de carácter visual.

Los soportes de la representación visual han sido considerados producto de una relación indicial en directa relación con su objeto representado de manera incuestionable, como sucede en la fotografía y el

<sup>18</sup> Véase, por ejemplo, Jerrold J. Katz (1966, 1971/1975), quien en sus obras *The philosophy of language* y *The underlying reality of language and its philosophical import*, explora el panorama desde una perspectiva cognitiva y, al mismo tiempo, desde su importancia filosófica.

video, no obstante la posibilidad de manipular sus formas expresivas (retoques, filtros, etcétera). La visualidad como estrategia de análisis debe practicar, entonces, una ruta capaz de identificar criterios de verdad/mentira, a partir de las reglas semánticas establecidas por el sistema semiótico en cuestión. Dichos criterios no corresponden por fuerza a una verdad/mentira referencial y externa al texto. Todo mecanismo de verdad está obligado a seguir un orden constructivo, el cual puede ser apoyado por opuestos complementarios de carácter “no verdad”/“no mentira” y, al mismo tiempo, fundar un valor de verdad/mentira de carácter holístico. Sin embargo, las complementaciones hacen posible comprender el valor de la construcción de verdad o mentira desde dos perspectivas extratextuales, según donde se sitúen los puntos de vista erigidos para la visión y cuál de esos dos valores se desea privilegiar durante la interpretación.

Así, el proceso de formulación y reconocimiento del binomio verdad/mentira funciona a partir de dos estrategias: una de corte sintagmático y otra de orden paradigmático, donde el primer corte puede funcionar a manera de fracciones posibles de un mentir fragmentado, pero sin condicionar forzosamente el valor trascendental de verdad de todo un texto. Un texto puede seguir el orden sintagmático de mentiras, pero mantener una relación de verdad refiriendo hechos extratextuales, es decir, externos al texto visual en cuestión. La mentira fragmentada y colocada como estrategia de visualidad puede al final resultar verdadera en su valor holístico, es decir, paradigmático.<sup>19</sup> El proceso puede observarse en las formas materiales del soporte, y es también posible su detección en efectos secundarios, como sucede en la representación del movimiento, según Philipp Dubbois (2013). Al analizar los recursos materiales y las posibilidades tecnológicas emerge una interacción que funciona como determinante en la construcción de verdad en una fotografía al momento de su lectura-interpretación.

Existe una serie de casos en la historia de la fotografía urbana de México que pueden mostrar ese proceso de visualización en una lectura descrita gracias al concepto de cronotopo expuesta por Bachtin y adecuado a la semiótica visual por la escuela de Tartu,<sup>20</sup> como se ob-

<sup>19</sup> Esta estrategia es utilizada por la fotografía artística contemporánea. Chema Madoz (2009) se sirve de pequeñas mentiras visuales que resultan verdaderas en una lectura total de cada fotografía.

<sup>20</sup> Al respecto, véase los trabajos sobre los cronotopos en el cine de Peter Torop (1995, 2002).

serva en la fotografía de Abel Briquet del Palacio de Minería de la calle de Tacuba, en el centro de la ciudad de México, tomada alrededor de 1890 y conservada en la Cornell University Library (véase figura 1). Gracias a las diversas *intention* identificables en el proceso de la interpretación, es posible distinguir una verdad fragmentada en mentiras parciales.

La elección de la fotografía como ejemplo se debe principalmente al hecho de contener una serie de limitantes tecnológicas en su capacidad de construir significado. Los recursos disponibles en la época de la toma de la fotografía requieren de amplios tiempos de exposición, preparaciones químicas, destrezas de implementación de los recursos, todo lo cual hace imposible la presencia, por ejemplo, de sujetos en movimiento. La tecnología permite captar sólo objetos, sujetos y animales inmóviles. El problema resultante puede observarse en varios niveles: 1) hace un recuento de la adecuación a las posibilidades plástico-figurativas en la elección de la estrategia enunciativa (texturas, sombras, establecen cualidades de los edificios retratados); 2) muestra la relación indicial entre la realidad retratada y la realidad existente

Figura 1. Palacio de Minería, fotografía de Abel Briquet (1890 *circa*).



en el texto visual (tonos de gris para definir criterios de relación de verdad como perspectiva, dimensión de los edificios, distancias entre ellos, altura del posicionamiento de la cámara), y 3) remite al nivel extratextual como marco de referencia y su vínculo necesario con los conocimientos enciclopédicos necesarios para la comprensión de la obra (zona de la ciudad, actividades sociales, función del edificio principal y los adyacentes).

En el cuadro 1 se muestran las intenciones comunicativas, así como las competencias necesarias, las adecuaciones plástico-figurativas, y los nexos extratextuales para explicitar las operaciones lógicas requeridas y dispuestas como estrategia enunciativa.

Cuadro 1. *Intentio* y niveles en la fotografía.

| <i>Intentio</i> /Nivel | Plástico-figurativo   | Relación indicial  | Referencia extratextual                 |
|------------------------|---|--|---|
| <i>Auctoris</i>        | Elección del punto de vista, hora del día, etcétera.                    | Elección del motivo de la fotografía                             | Importancia del motivo fotográfico      |
| <i>Operis</i>          | Características del tipo de soporte en relación con el objeto retratado | Tipo de técnica utilizada, instrumento, tecnología a disposición | Colección de vistas de la ciudad        |
| <i>Lectoris</i>        | Estilo compositivo  | Estado de la construcción en ese momento histórico               | Constatación de la realidad de la época |

Las nueve combinatorias hacen posible identificar la construcción de la mentira como parte constitutiva del proceso de interpretación y la relación mantenida con las diversas intenciones desarrolladas por el texto visual. En cada una de las posibilidades podría encontrarse una relación de verdad/mentira de corte sintagmático y paradigmático. A su vez, cada una de ellas se basa en una estrategia de visualidad donde se llama la atención sobre uno de los niveles de manera implícita o explícita y sobre criterios de verdad/mentira internos o externos al texto visual. El nivel de posición del punto de vista del observador afecta los tres niveles de la *intentio auctoris*, pues la elección del ángulo y la posición de la cámara establecen un sujeto principal y determinan

cuestiones mínimas como la importancia del edificio encuadrado como “motivo principal”. La fotografía resultante adquiere diversos significados ulteriores con respecto al cronotopo (aquí y ahora) de lectura en la *intentio operis*: pátina, antigüedad, colección perteneciente, importancia *a posteriori* con respecto al motivo fotografiado en calidad de momento histórico específico. La *intentio lectoris* requiere de la participación activa del sujeto intérprete conectando, en relación lógica, los elementos componentes de la imagen con procesos relativos al propio sentir, pulsar y saber. Lo real desaparece en los efectos derivados de las relaciones lógicas de la interpretación, a veces por hipercodificación, otras por hipocodificación.

La construcción de verdad reflejada en las distintas *intentio* circunscribe la acción de los niveles destacados: 1) los fundamentos plástico-figurativos y de relación directa con los hechos retratados no pueden consolidar la representación del movimiento. Precisamente, la ausencia del movimiento aparece como una falsedad al carecer de índices comprobatorios de la existencia de sujetos que lo representen; 2) el movimiento se encuentra presente sólo al conocer los niveles indicales de orden sintagmático, es decir, las condiciones técnicas que determinan al soporte y que vuelven su presencia tácita; 3) el conocimiento enciclopédico de las condiciones técnicas de la fotografía del siglo XIX explica la ausencia de individuos retratados, cuya ignorancia abre una cadena interpretativa, bajo un principio de interpretancia basado en una ausencia, es decir, entendida aquí como una “no verdad”. De este hecho se desprende una lectura errática del texto en cuestión: se trataría de una calle desierta poco antes de mediodía, cuando la iluminación natural hacía posible la sensibilización de la placa con la luz solar. Se trata, entonces, de una verdad y una mentira, ambas resultado de una lectura catacrética debida a una ausencia. La zona de la ciudad era una de las más concurridas en la época por la cantidad de hospitales y escuelas en las cercanías. La lectura equivocada es resultado de una serie de conexiones previstas en la *intentio operis*, pero ajenas a la realidad retratada. Se trata de conexiones lógicas, las cuales ignoran las limitantes técnicas y dan una verdad que carece de relación con la referencia extratextual.

Del ejercicio anterior deriva una serie de reflexiones necesarias para explicar el curso interpretativo que permite visualizar la imagen, pero



requiere seguir una ruta que va del proceso a la estrategia semiótica del significado.

Para concluir, es posible retomar algunos puntos salientes de la enumeración anterior de aspectos semióticos: 1) la *imagen técnica* construye en la sola disposición de los elementos y en sus alcances, formas de visualización ajenas a las intenciones comunicativas de partida; 2) la *imagen mnémónica*<sup>21</sup> establece las conexiones de la memoria y sus imágenes para determinar la interpretación o incluso el continuo ejercicio de *imagopoesis*, con la activación del proceso de anidación;<sup>22</sup> 3) la *imagen pluri o multisensorial* parte del hecho de que “no existe la percepción visual pura” (Brea, 2005, p. 24) y sí, por el contrario, “medios mixtos” que involucran distintos sentidos (Brea, 2005, p. 20); 4) la *imagen cronotopo* constituye el último factor desprendido del ejercicio de observación semiótico, en donde de cada desplazamiento temporal en su capacidad de adecuación surgen nuevas reglas y entornos de visibilidad y, por ende, de interpretación.

Los instrumentos semióticos de análisis demuestran pertinencia y vigencia en los medios emergentes en la comunicación, pues las condiciones de base de cada proceso hermenéutico difícilmente mutan en su esencia. Los resultados aplicativos exponen la necesidad de accionar puntos de vista y perspectivas diversas al observar el posicionamiento razonado de: 1) dualidades; 2) axiología de base; 3) fidelidad a la intención o intenciones comunicativas originarias y contextuales; 4) organizaciones estructurales del significado, y 5) anidación o sobreposición de inferencias semánticas. Los factores anteriores apuntan hacia su presencia continua en los caminos hermenéuticos presentes en la interpretación de las representaciones visuales de las imágenes.

Hablar entonces de encrucijada para la semiótica de la imagen y la semiótica visual obliga a observar detalladamente los instrumentos conceptuales utilizados en la observación científica del comportamiento semiótico de las representaciones visuales de las imágenes. Abandonar las certezas interpretativas fincadas en el ejercicio aplicativo de los modelos teóricos tradicionales es un imperativo debido a

<sup>21</sup> De acuerdo con Salvador Rubio Marco (2010), se entiende como la imagen “que por un momento acude a nuestra mente en recuerdo de imágenes de algo que consideramos efectivamente ocurrido o situado en nuestra experiencia pasada” (p. 25).

<sup>22</sup> Según José Luis Brea (2005), la anidación funciona gracias a un principio donde “un medio parece contenido en otro de otro medio” (p. 22) y que podemos entender como de contenido y de contenedor, al momento de establecer conexiones de carácter lógico.

la transformación continua que sufren los soportes y sus efectos. La axiología verdad/mentira es sólo un caso ejemplificativo de una estrategia utilizada en la construcción del significado, del aniquilamiento de la realidad,<sup>23</sup> de la multisensorialidad evidente en las competencias interpretativas, en los cambios estructurales en la organización de las memorias (individual y colectiva).

Un nuevo paradigma en la semiótica debe tomar en cuenta estos aspectos y otros más para revisar los modelos de análisis probados y eficaces en el estudio de las imágenes en uso para los soportes tradicionales e incorporar los hallazgos al momento de su uso en productos visuales enmarcados en tecnologías emergentes. De este modo, será posible explorar las posibilidades intrínsecas de una metavisibilidad (ver la visibilidad) para continuar respondiendo a interrogantes desde las formas visuales de la semiótica visual.

## Bibliografía

- Alonso, M. (1947/1982). *Enciclopedia del idioma*. Madrid: Aguilar.
- Aristóteles. (1946/2000). *Poética*. (Trad. Esp.). México: Coordinación de Humanidades- UNAM.
- Baudrillard, J. (2000/2010). *La ilusión vital*. Madrid: Siglo XXI.
- Barthes, R. (1964). Retórica de la imagen. En R. Barthes, *Lo obvio y lo obtuso*. Barcelona: Paidós.
- Barthes, R. (1973/1982). *El placer del texto*. México: Siglo XXI.
- Bozal, V. (1987). *Mímesis: las imágenes y las cosas*. Madrid: Visor.
- Bolter, J. D. (2001). *Writing space. Computers, hypertext, and the remediation of print*. Londres: Lawrence Erlbaum Associates.
- Bolter, J. D. y Grusin, R. (1999/2000). *Remediation. Understanding new media*. Boston: The MIT Press.
- Brea, J. L. (2005). *Estudios visuales. La epistemología de la visualidad en la era de la globalización*. Madrid: Akal.
- Brusatin, M. (2002). *Storia delle immagini*. Turín: Einaudi.
- Calabrese, O. (1985/1987). *El lenguaje del arte*. Barcelona: Paidós Ibérica.

<sup>23</sup> Jean Baudrillard observa al respecto: “[...] si lo Real está desapareciendo, no es debido a su ausencia, es más hay demasiada realidad. Este exceso de realidad es lo que pone fin a la realidad, al igual que el exceso de información pone fin a la información y el exceso de comunicación pone fin a la comunicación.” (2000/2010, p. 76).

- Cid Jurado, A. T. (1999). *Il glifo come problema di interpretazione e traduzione culturale*. Tesis de doctorado, IX ciclo, Università degli studi di Bologna, Italia.
- Cid Jurado, A. T. (2007). De la traducción intersemiótica a la competencia intersemiótica. *Versión*, 18, 115-132.
- Cid Jurado, A. T. (2011). La semiótica de la imagen: hacia un cambio de paradigma. *Antropología. Boletín Oficial del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, 89.
- Debray, R. (1992/1998). *Vida y muerte de la imagen. Historia de la mirada en Occidente*. México: Paidós.
- Dubois, P. (2013). *Fotografía & Cine; imágenes en movimiento; artes visuales*. México: Serieve.
- Eco, U. (1958/ 2002). *La definición del arte*. Barcelona: Ediciones Destino.
- Eco, U. (1970/1982). Semiología de los mensajes visuales. En C. Metz et al., *Análisis de las imágenes*. Buenos Aires: Ediciones Buenos Aires.
- Eco, U. (1976/1995). *Tratado de semiótica general*. Barcelona: Lumen.
- Eco, U. (1977/1986). La fotografía. En U. Eco, *La estrategia de la ilusión*. Barcelona: Lumen.
- Eco, U. (1979/1999). *Lector in fabula*. Barcelona: Lumen.
- Eco, U. (1984/2000). *Semiótica y filosofía del lenguaje*. Barcelona: Lumen.
- Eco, U. (1990/2000). *Los límites de la interpretación*. Barcelona: Lumen.
- Eco, U. (1992/1997). *Interpretación y sobreinterpretación*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Eco, U. (1994/1997). *Seis paseos en los bosques narrativos*. Barcelona: Lumen.
- Eco, U. (1997/1999). *Kant y el ornitorrinco*. Barcelona: Lumen.
- Eco, U. (2000). Per l'ombra della ragione. En *L'ombra della ragione. L'idea del sacro nell'identità europea del xx secolo*. Bolonia: Galleria d'Arte Moderna Bologna.
- Eco, U. (2002a). *Sobre la literatura*. Barcelona: RqueR Editorial.
- Eco, U. (2002b/2004). *Historia de la belleza*. Barcelona: Lumen.
- Eugeni, R. (2004). *Análisis semiótica dell'immagine. Pittura, illustrazione, fotografia*. Milán: ISU Università Cattolica.
- Fabbri, P. (1998). *El giro semiótico*. Barcelona: Gedisa.
- Fontanille, J. (1995). *Sémiotique du visible. Des mondes de lumière*. París: PUF.

- Genette, G. (1962/1989). *Palimpsestos. La literatura en segundo grado*. Madrid: Taurus.
- Greimas, A. J. (1978/1994). *Semiótica figurativa y semiótica plástica*, México: Siglo XXI.
- Greimas, A. J. y Cortés, J. (1986). *Sémiotique. Dictionnaire raisonné de la théorie du langage II*, Hachette (*Semiótica. Diccionario razonado de la teoría del lenguaje. Tomo II*, Madrid: Gredos, 1991).
- Groupe μ. (1992/1993). *Tratado del signo visual*. Madrid: Cátedra.
- Gorlée, D. L. (1994). *Semiotics and the problem of translation. With special reference to the semiotics of Charles S. Peirce*. Ámsterdam/Atlanta: Rodopi.
- Gubern, R. (1987/1992). *La mirada opulenta. Exploración de la iconosfera contemporánea*. Barcelona/México: Gustavo Gilli Comunicación.
- Jost, F. (2001). *La télévision du quotidien. Entre réalité et fiction*. Paris: De Boeke.
- Katz, J. J. (1966/1971). *La filosofía del lenguaje*. Barcelona: Martínez Roca.
- Katz, J. J. (1971/1975). *La verdad subyacente del lenguaje y su valor filosófico*. Madrid: Alianza Editorial.
- Klinkenberg, J.-M. (2010). *Voir faire. Faire Voir*. Lieja: Les impressions nouvelles.
- Kristeva, J. (1969/1981). Σημειωτική. *Semiótica*. Caracas: Fundamentos.
- Lorusso, A. M. (2010). *Semiotica della cultura*. Bari: Laterza.
- Madoz, C. (2009). *Chema Madoz*. Madrid: La Fábrica Editorial.
- Mariniello, S. (2003). Commencements. *Intermedialités: Histoire et théorie des arts, des lettres et des techniques*, 1, 47-62.
- Marsciani, F. y Zinna, A. (1991). *Elementi de semiotica generativa. Processi e sistemi della significazione*. Bologna: Esculapio.
- Metz, C. (1967/2002). Observaciones para una fenomenología de lo narrativo. En *Ensayos sobre la significación en cine. Vol 1*. Bracelona: Paidós.
- Paolucci, C. (2007). *Studi de semiotica interpretativa*. Milán: Bompiani.
- Rubio Marco, S. (2010). *Como si lo estuvieras viendo (el recuerdo en imágenes)*. Madrid: Machado Libros.
- Santaella Braga, L. y Nöth, W. (2003). *Imagen: Comunicación, semiótica y medios*. Kassel: Reichenberger.

- Sonesson, G. (1989). *Pictorial concepts Inquiries into the semiotic heritage and relevance for the analysis of the visual world*. Lund: Lund University Press.
- Torop, P. (1995/2000). *La traduzione totale. Total'nyj perevod*. Modena: Guaraldi.
- Torop, P. (2002). Intersemiosis y traducción intersemiótica. *Cuicuilco*, Nueva Época, 9 (25), 13-42.
- Zecca, F. (2013). *Cinema e intertestualità. Modelli di traduzione*. Udine: Editrice Universitaria Udinese.



## Sobre los autores

### **Ma. Magdalena Trujano Ruiz**

Mexicana. Socióloga y doctora en Filosofía por la UNAM. Es profesora-investigadora del Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Azcapotzalco. Forma parte del área de Pensamiento Sociológico y del eje de Teoría Sociológica. Sus últimas publicaciones son: “Del hedonismo y las felicidades efímeras” en *Revista Sociológica*, 79, 2013, y la coordinación del libro *Paradojas de la hipermodernidad. Entrevista a Giles Lipovetsky y comentarios críticos de sociólogos mexicanos*, publicado por la UAM Azcapotzalco.

### **Roberto Agustín Follari**

Argentino. Doctor en Psicología por la Universidad Nacional de San Luis. Profesor titular de Epistemología de las Ciencias Sociales en la Universidad Nacional de Cuyo en Argentina. Ha sido asesor de la OEA, de la UNICEF y de la Coneau (Comisión Nacional de Evaluación y Acreditación Universitaria). Ganador del Premio Nacional sobre Derechos Humanos y Universidad, otorgado por el Servicio Universitario Mundial. Autor de 16 libros publicados en diversos países, y de más 150 artículos en revistas especializadas en Filosofía, Educación y Ciencias Sociales.

### **Antonio Caro Almela**

Español. Doctor en Ciencias de la Información por la Universidad Complutense de Madrid. Desde octubre de 2014 es Investigador Prometeo vinculado a Senescyt/CIESPAL. Profesor titular de la Universidad Complutense de Madrid entre los años 1990 y 2009. Es autor de 10 libros sobre publicidad-consumo, y ha publicado numerosos artículos en obras colectivas, publicaciones indexadas y prensa general. Es cofundador y codirector (2007-2011) de la revista científica *Pensar la Publicidad*, editada por la Universidad Complutense de Madrid.

### **Alfredo Tenoch Cid Jurado**

Mexicano. Doctor en Semiótica por la Università degli Studi di Bologna en Italia. Profesor investigador en la Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Xochimilco. Sus líneas de investigación son Semiótica Visual y Semiótica de la Imagen. Ha sido coordinador de la cátedra de Semiótica Humanidades y Ciencias Sociales en el Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey, Campus Ciudad de México. Es conferencista internacional reconocido en toda Latinoamérica. Ha publicado múltiples artículos arbitrados e indexados en torno a la semiótica.

### **César E. Jiménez Yañez**

Chileno. Candidato a doctor en Estudios Socioculturales por la Universidad Autónoma de Baja California. Coordinador editorial del Instituto de Investigaciones Culturales-Museo de la UABC. Sus líneas de investigación son Economía Política de la Comunicación, la Escritura Académica y los Estudios Socioculturales. Sus últimas publicaciones son: el libro *Cultura en América Latina: prácticas, significados, cartografías y discusiones* (como coordinador), y “Desempolvando el pasado. Apuntes sobre Fred Morrow Fling y su método para la investigación histórica”, *Revista de Filosofía*, 83(2).

### **Christian Alonso Fernández Huerta**

Mexicano. Doctor en Estudios del Desarrollo Global por la Universidad Autónoma de Baja California. y director del Instituto de Investigaciones Culturales-Museo de la UABC. Su área de especialización son los Estudios Socioculturales y la Comunicación, y sus líneas de investigación son Juventudes, Nuevas Tecnologías y Participación Ciudadana. Sus últimas publicaciones son: “Participación juvenil y activismo digital. Una introducción a una nueva agenda de estudio”, *TecComStudies*, 4(6), y “El cómic: una estrategia educativa”, *Espíritu Científico en Acción*, 11(22).



Este número de *Magistrales* se terminó de imprimir en diciembre de 2017 en los talleres de Impresora San Andrés, S.A. de C.V., Río Mocerito y Vasco de Quiroga núm. 801, colonia Pro Hogar, Mexicali, Baja California, México. La edición estuvo al cuidado de la Coordinación Editorial del IIC-Museo. El tiraje consta de 300 ejemplares.





